

MI

Testimonio

Por Ishmael D' Amico

PREFACIO

Espero que todos los que lean este testimonio lo disfruten.

La felicidad que he recibido en la Iglesia de Jesucristo, el gozo dentro de mi corazón, están más allá de la descripción de meras palabras.

Somos más que cuerpos vivos, somos almas. Si nos detenemos un momento y prestamos atención a Su Divino Llamado, nuestro gozo será eterno y nuestra salvación segura. Amén.

Grabado por: Santina M. Maisano.
Compilado por: Frances J. Capone.

Impreso en Rochester, N. Y., U.S.A.
1946
Reimpreso en A. J. Laux & Co., Inc.
1961

Mi nombre es Ishmael D'Amico. Nací el 11 de junio de 1890 en Roccacinquemiglia, Provincia de Aquila, Abruzzi, Italia. El nombre de mi padre era Anzelmo D'Amico; el nombre de mi madre era Angela Circone. Mis padres también nacieron en Abruzzi, Italia. Éramos católicos.

Durante mi niñez trabajé en el campo y cuidaba ovejas. Por temporadas salía de casa para ayudar a la gente de los pueblos vecinos y me ausentaba durante meses; luego volvía a casa. Éramos una familia pobre.

Mi padre vino a los Estados Unidos en 1894 y murió aquí en agosto de 1896. Había venido aquí para buscar trabajo, pero la muerte interfirió y sus planes terminaron repentinamente.

Tres años más tarde, mi madre se volvió a casar y se mudó a un pueblo a doce millas de mi lugar de nacimiento. Este pueblo se llama Roccapia.

A la edad de 17 años (abril de 1907), vine a los Estados Unidos. Ahora escribiré un bosquejo de mi niñez y también contaré algunas experiencias que definitivamente muestran que la Mano del Señor ha estado sobre mí desde mi nacimiento.

La ciudad en la que vivía estaba construida sobre colinas rocosas. De 50 a 100 pies por debajo de estas empinadas colinas, la gente tenía jardines que estaban encerrados dentro de cercas de piedra. Encima de estas cercas había arbustos espinosos, que estaban allí como protección contra los ladrones. Desde varios lugares altos se podía mirar por debajo del cerro donde vivíamos y ver el precipicio.

Cuando tenía cuatro años, estaba jugando con unos niños en el vecindario cuando de repente nos encontramos en el punto más alto de esta colina. Directamente frente a nosotros había un precipicio. Recuerdo que ese día soplaba

un viento muy fuerte y si fue el viento o uno de mis compañeros de juego quien me empujó, no lo recuerdo, pero me encontré cerca del borde de este precipicio y luego caí unos 100 pies hacia abajo. Caí en una valla espinosa. Estaba arañado, cortado y sangrando. No podía ver con mi ojo izquierdo porque lo había perforado. Allí me quedé un rato. No puedo entender cómo viví después de esa caída. Una vecina me encontró. Me lavó y me llevó a un hospital donde el médico le dijo a mi madre que perdería el ojo. Antes de ir al hospital, mi madre había sido severamente reprendida por no cuidarme mejor. La pobre había estado trabajando en el campo de un vecino, tratando de ganar unos centavos para que pudiéramos adquirir las cosas básicas de la vida. Lloro cuando pienso en la difícil que fue su vida. ¡Oh, pobre madre, América no era para ti!

En el hospital me examinaron varios médicos y todos los médicos, a excepción de uno, dijeron que había perdido la vista. Recuerdo claramente que un médico dijo: "Qué lástima que este niño llegue a ser la mitad de un hombre, porque tendrá un solo ojo. Haré todo lo que esté en mi mano para salvar su ojo". Al examinarme, descubrió que mi globo ocular estaba al revés y fue el trabajo de unos minutos para él restaurar mi visión. El nombre de este médico era Benedetto, que significa "bendecido" en inglés. Esta fue una gran experiencia para mí. En años posteriores comprendí que era la Mano de Dios la que descansaba sobre mi frente.

Mientras aún estaba confinado en el hospital, di un paseo que me llevó a un gran pozo que abastecía de agua a todo el hospital. Estaba jugando con el balde que estaba sujeto a la cadena cuando de repente sentí que se aflojaba y me agarró con el balde y me caí en el pozo. Este pozo era muy profundo.

Antes de que el cubo llegara al agua, se detuvo. Grité a todo pulmón pidiendo ayuda y pronto todos en el hospital comenzaron a correr de aquí para allá para encontrar de dónde venían todos estos llantos y gritos. Me encontraron aferrado a esa cadena por mi vida y todavía puedo escuchar a los médicos decir mientras me sacaban: "Aquí hemos estado tratando de salvar a este niño y Satanás seguramente está tratando de destruirlo".

Un día, mientras trepaba a un árbol muy alto, la rama que me sostenía se rompió. Caí 25 pies al suelo. Pensé que seguramente mis huesos estaban rotos. Me quedé allí durante unas dos horas, luego me levanté, miré a mi alrededor y me alejé. ¡No tuve ni un rasguño! Una vez más, el Señor había venido a rescatarme.

A los diez años tuve una experiencia que nunca olvidaré. Iba a mirar un terreno que estaba a unas dos millas del pueblo, así que me llevé mi mula. Mientras avanzábamos, llegamos a una colina empinada. Habíamos viajado alrededor de una milla cuando empujé a la mula para que fuera más rápido. La mula se puso terca y empezó a dar patadas en el aire con las patas traseras. Cuando hizo esto, me derribó. Mi silla también salió volando por los aires. Pronto rodaba colina abajo sobre terreno rocoso. Caí una gran distancia y cuando rodé, pude ver la mula y, para mi sorpresa, esa mula se reía. Estaba todo dolorido cuando me levanté y subí lentamente la colina hasta la mula. Me tomó medio día agarrarla, pero cuando lo hice, lo até y lo amordacé.

Luego tomé una rama de un árbol joven y la usé como látigo. Lo azoté y lo azoté hasta que pude ver el sudor que corría por su piel. Mientras lo golpeaba, vi lágrimas rodando por sus ojos y, para mi asombro, se acercó a mí y se arrodilló ante mí. Cuando vi esto, tuve compasión de él y lo desaté. Luego continuamos nuestro camino. Siempre recuerdo esta experiencia, porque fue extraña. ... una muy extraña.

A la edad de once años, tenía un trabajo cuidando cabras para un hombre. Este hombre me enseñó a cuidarlos y me dijo que no debía permitir que las cabras entraran en su jardín. Observé las cabras, pero desafortunadamente, entraron en su jardín. Cuando el hombre regresó y descubrió que habían estado en el jardín, se enojó tanto que me tiró al suelo y me pisó con ambos pies. Era fuerte, robusto y alto y puedes imaginar cómo me sentí cuando me pisó. Mientras me golpeaba, volví mi corazón a Dios en busca de ayuda porque pensé que seguramente había llegado mi fin. Su rabia bestial se calmó un poco; me dejó y se alejó maldiciendo y murmurando para sí mismo. Una vez más, le di gracias a Dios por salvarme del peligro.

A los diecisiete años entré a Estados Unidos por Nueva York y de allí fui a Pittsburgh, Pensilvania, donde vivían mis tíos. Poco después, comencé a trabajar en el ferrocarril cerca de Homestead, Pensilvania. Hice este trabajo durante un año. Luego me mudé a un pueblo cercano y de allí me mudé a un lugar llamado Barking, Pensilvania, y allí también trabajé en el ferrocarril de Pensilvania. De allí fui a Illinois, donde trabajé durante un mes. De allí fui a Montana, donde trabajé para North Pacific Railroad Co. durante seis o siete meses.

Después de trabajar en Montana, me fui a Seattle, Washington, donde tenía varios amigos. Pasé el invierno allí y en abril de 1910 me fui con mi tío y algunos

amigos a Alaska. Llegamos a un lugar llamado Córdoba el 27 de abril de 1910 a la medianoche. Nos recibió una nevada de seis metros.

Mis amigos y yo no pudimos encontrar trabajo en Córdoba. El lugar estaba plagado de problemas laborales. Pasé dos meses allí. En ese tiempo, me enfermé bastante y no podía comer un poco de comida. Sentí que seguramente moriría. Gasté aproximadamente \$ 400.00 mientras buscaba trabajo y desafortunadamente tuve que estar enfermo. Había sido mi intención ganar alrededor de \$ 1,000 y luego regresar a Italia. Ahora mis ahorros se habían agotado. Tenía \$ 20,00. Desanimado, afligido y con el ánimo en su punto más bajo, tomé mis \$ 20.00 y me dirigí a una cantina cercana. No era un bebedor, pero la enfermedad y la desgracia le hacen cosas extrañas a un hombre. Allí me sumergí en la insensibilidad. Cuatro hombres tuvieron que llevarme a casa. Curiosamente, veinte minutos después de haber llegado a casa, me levanté y sentí que estaba en perfecta salud. Pronto recuperé el apetito y era un hombre nuevo. No hay conexión entre mi borrachera y mi recuperación, pero el hecho es que cuando sentí que ya no había esperanza, el Señor fue misericordioso, extendió Su Mano Poderosa y me levantó de la desesperación. "El Señor se mueve de una manera misteriosa para realizar sus maravillas". ¡Cuán cierto es esto!

Empecé a buscar trabajo de nuevo pero la mala suerte persiguió mis pasos. Era imposible encontrar trabajo de ningún tipo. Mientras tanto, mi tío había encontrado trabajo en un ferrocarril que se estaba construyendo y me había escrito para que fuera a trabajar con él al Campamento 101. Este campamento estaba a 101 millas de Córdoba. Comencé a viajar con algunos amigos y encontré bastantes dificultades para hacer conexiones de transporte. El jefe de estación se negó a vendernos boletos; sin embargo, logramos subir al tren. Mientras viajábamos, el conductor pidió nuestros boletos y como no teníamos ninguno para mostrar, nos interrogó. Le explicamos que el jefe de estación se había negado a vendernos boletos. Preguntó adónde íbamos y le dimos el nombre de un campamento llamado Campamento 49. Preguntó si queríamos ir al Campamento 55, que estaba en el lado opuesto del río. Dijimos que ahí era donde queríamos ir; por lo tanto, pagué mi pasaje hasta ese punto.

Había muchos campamentos en el camino. Estos campamentos estaban a millas de distancia entre sí. Estaba el Campamento 49, el Campamento 55, etc. Los números indicaban la distancia desde la ciudad o puntos de donde había salido el tren. En el momento en que abordamos el tren, no sabíamos que la línea del ferrocarril pasaba más allá del campamento 49, ya que el campamento 49 llegaba

justo antes del río. Mientras tanto, se había construido un puente sobre el río desde el campamento 49 al campamento 55 y la línea del ferrocarril continuaba desde ese lugar hasta el campamento 101.

Cuando el tren llegó al Campamento 49, el conductor nos preguntó si queríamos ir al otro lado del río hasta el Campamento 55. Dijimos que iríamos, ya que nos acercaría a nuestro destino, pero cuando llegamos al Campamento 85, encontramos que la línea del ferrocarril no terminaba en este campamento, sino que llegaba hasta el Campamento 101. El conductor, pensando que nos bajaríamos en el Campamento 55, nos llamó en esa parada, pero después de saber que el tren iba más allá de ese punto, decidimos pasar, así que ignoramos sus varios llamados. Cuando vio que no bajamos en el campamento 55, se enfadó mucho. Habíamos pagado nuestra tarifa hasta ese lugar solamente. Cuando vimos que intentaba echarnos, todos saltamos del tren. No teníamos alternativa, ya que no teníamos suficiente dinero para pagar el pasaje para ir más allá del campamento 55. Me quedaban \$ 5.00 y mis amigos tenían aún menos.

Nos pusimos nuestro equipaje en la espalda y comenzamos a caminar por las vías del ferrocarril; no había camino a seguir. Llevábamos medio día caminando cuando las punzadas del hambre empezaron a asaltarnos. Tenía un poco de pan y carne, así que lo compartí con mis amigos.

Volvimos a caminar y llegamos a un campamento donde intentamos conseguir comida, pero los encargados del campamento se negaron a alimentarnos o incluso a darnos una noche de hospedaje. Sin embargo, encontramos una tienda de campaña en las afueras del campamento y dormimos allí por la noche. Temprano en la mañana, comenzamos a caminar nuevamente. Habíamos caminado unas diez horas cuando llegamos a un pequeño campamento. Le pregunté al cocinero de este campamento si tenía algo para comer y nos dio un plato grande de macarrones, que había sido cocinado varios días antes. Fue duro y desagradable, pero teníamos tanta hambre que no nos importó. Nos comimos todo. Luego nos dio pan y café. Pagamos un dólar por esta deliciosa comida. Nuestra hambre fue apaciguada; así que continuamos nuestro camino.

Caminamos durante varias horas. Llegamos a otro campamento. Teníamos hambre. Preguntamos si podíamos comer, pero se negaron a alimentarnos; sin embargo, esa noche dormimos en una carpa y por la mañana iniciamos nuestro camino. Llegamos a otro campamento al mediodía y allí pedimos comida. Ellos también se negaron a alimentarnos. En este punto me sentí muy desanimado. Ahora no habíamos comido nada durante varios días. Un tren se había detenido en

este campamento, así que mis dos amigos y yo lo abordamos. Habíamos decidido ir lo más lejos posible sin pagar pasaje y de esa manera esperábamos llegar a otro campamento y conseguir algo de comida. El conductor pronto descubrió que no teníamos dinero y nos notificó que tan pronto como el tren llegara a su próxima parada, tendríamos que irnos. Cuando el tren se detuvo, bajamos lo más rápido que pudimos.

De nuevo comenzamos a caminar y a medianoche llegamos al Campamento 96. No vimos a nadie; nos metimos en una de las carpas para descansar por la noche, pero teníamos tanta hambre que dormir era imposible. Por la mañana continuamos nuestra búsqueda de comida, pero estábamos condenados a la decepción. El cocinero me dijo que debía tener un boleto para poder comer. No tenía dinero para comprar un boleto (lo cual era una mentira) pero un hombre en el campamento tuvo la amabilidad de darme un dólar para un boleto. Compré un boleto de comida y rápidamente regresé con el cocinero. Se negó a darme comida. Dijo que tendría que esperar hasta el mediodía. Estaba hambriento. No pude soportarlo más. Me dijo que fuera al Campamento 101. Luego le devolví el dólar al hombre que me lo había dado y, a pesar de lo débiles que nos sentíamos, nos encontramos en el camino una vez más. Caminamos hasta llegar al campamento 101. Desafortunadamente, mi tío había dejado el lugar unas horas antes de nuestra llegada. Uno de los hombres me dijo que si caminaba lo suficientemente rápido, llegaría hasta mi tío. Decidí seguirlo. Dejé a mis amigos en el campamento 101 para que me esperaran. Aún es un misterio para mí cómo caminé seis millas más hasta llegar al Campamento 107, pero cuando llegué allí, me sentí tan débil que no pude avanzar más. Estaba oscuro. Por fin me esperaba una buena comida en este campamento. La comida era abundante y excelente. Con mucho gusto le hubiera dado mis últimos \$ 6,00. Cuando hube comido con ganas, pregunté cuál era el precio de la comida y la cocinera dijo que eran 50 centavos. Estaba muy agradecido por esto porque sabía que la comida que había comido valía más. Le di el dinero y llevé comida extra para mis amigos; luego partí hacia el campamento 101. El campamento 101 era uno de los principales campos de las líneas del ferrocarril. Estuvimos dos días en este campamento buscando trabajo, pero nuevamente no tuvimos suerte. Decidí que por la mañana me pondría mi ropa de trabajo y me deslizaría con el resto de los trabajadores del campamento. Hice esto y nadie se dio cuenta. También logré obtener un boleto de comida, que se podía usar en todas las comidas. Con este mismo boleto, mis amigos también recibieron sus comidas. Después de que regresé de mi primer día de trabajo, mis amigos y varios otros hombres que habían estado buscando trabajo sintieron curiosidad por saber cómo había obtenido mi trabajo. Yo les dije; y cuando llegó la mañana,

hicieron lo mismo que yo. Al día siguiente, todos fuimos capturados y despedidos. Si hubiera estado solo, probablemente hubiera escapado a la detección, pero había un grupo tan grande de hombres que intentaron el mismo truco al día siguiente que el supervisor se preguntó de dónde había venido toda la ayuda adicional. Al investigar, encontraron a todos los hombres que no habían contratado. Éramos unos cincuenta a los que echaron del campamento. Sin embargo, continué quedándome en el campamento por dos días más y tuve la suerte de conseguir mis comidas.

Entonces comencé a buscar a mi tío, que estaba a unas 32 millas del Campamento 101. Dejé a mis amigos y partí solo. Vi que el camino sería difícil porque había muchas montañas y rocas. Mientras caminaba, llegué a un río. Al otro lado del río había un árbol que se usaba como puente. A mi derecha estaba el río y a mi izquierda estaban las rocas, así que tuve que cruzar el río sobre el árbol para llegar a mi destino. Llevaba un gran paquete sobre mis hombros y era difícil caminar sobre el árbol. A mitad de camino pude sentir el árbol hundirse bajo mis pies. Perdí el equilibrio y caí al agua. Agarrándome del árbol, miré a mi alrededor. No se veía ni un alma. Una de mis piernas se agarró al árbol; el otro colgaba del agua; y todavía sostenía mi equipaje con un brazo. Levanté los ojos hacia el cielo y le ofrecí una oración a Dios. Dije: "Señor, si realmente existes, ahora es la hora de salvarme de la muerte". De repente, sentí que un poder sobrenatural se apoderaba de mí y antes de darme cuenta, me encontré de pie con el equipaje sobre mi espalda. Poco a poco fui cruzando hacia el lado opuesto del río. Al llegar a otro campamento, dejé algo de mi ropa allí. Me sentí incapaz de llevar una gran carga. Seguí caminando hasta que llegué al Campamento 130.

Para llegar al campo 131 era necesario cruzar un río. Este río era muy profundo. Tuve la suerte de encontrar a un hombre con un bote de remos que se ofreció a llevarme al otro lado. Mientras cruzábamos, el bote se inclinó y estaba a punto de volcar. Inmediatamente le pedí a Dios. Respondió a mi oración y llegamos sanos y salvos al lado opuesto. Luego tuve que caminar dos millas para llegar a mi tío, que estaba en el Campamento 132. Cuando lo encontré, le pregunté por un trabajo, pero como la mala suerte persiguió constantemente mis pasos, no había trabajo para mí. Mi ánimo estaba muy bajo cuando regresé al Campamento 131, donde había alivio a la vista. Allí me esperaba un trabajo en el turno de noche. Había que construir una nueva carretera y trabajé allí tres semanas. Una mañana, mientras estaba acostado en mi carpa, una gran piedra pasó volando por la parte superior de la tienda y pasó por encima de mi cara. Provenía de los explosivos que utilizaban los hombres del turno de día para excavar el suelo. Una vez más, Dios

había venido a mi rescate. Las tres semanas pasaron rápidamente y pronto volví a quedarme sin trabajo. Decidí regresar a Seattle, Washington.

En el camino de regreso, conocí a una mujer esquimal muy fea. La miré y mis miembros temblaron como si estuvieran paralizados. Jamás había visto a alguien así de horrible. Si ella se parecía a alguien, debe haber sido Satanás. Un grupo de esquimales la siguió. Cuando me vieron, me miraron con curiosidad. Cuando había caminado unos kilómetros, vi varios esquimales que salían de una cueva. Me rodearon y obviamente sus intenciones eran malas. Debo decir que estaba asustado. Se sintió más como una pesadilla que como una realidad. El aire estaba pesado cuando se acercaron a mí. Me preguntaron si tenía ropa para vender. Abrí mi equipaje y les mostré mi ropa. Vieron mi ropa y parecía gustarles, pero ninguno tenía un centavo. Cerré mi equipaje y sorprendentemente me dejaron seguir mi camino. Regresé al Campamento 101 y desde allí tomé un tren a Córdoba.

En Córdoba, compré mi boleto de barco a Seattle, Washington. Tomé el bote allí (7 de julio de 1910) y en el camino encontré más problemas. Después de dos días en ese barco, uno de los ayudantes de cocina intentó vendernos sándwiches por 25 centavos cada uno. Me negué a comprarle ya que se suponía que todos mis gastos estaban pagados. Al mediodía del día siguiente miré a mi alrededor en busca de una mesa, pero el comedor estaba completamente ocupado. Luego vi una pequeña habitación que tenía una mesa para tres. Allí estaban sentadas dos personas. Al principio, me dijeron que me quedara fuera; luego me llamaron para comer con ellos. Aquí vi al ayudante de cocina que intentó cobrarme 25 centavos por mi comida. Le pregunté por qué había intentado cobrarme por los sándwiches, especialmente porque se suponía que mis gastos estaban pagados de Córdoba a Seattle. Este hombre se enojó tanto cuando le hice esta pregunta que dobló el puño y me dio un puñetazo en la cara. No me resistí, pero lo dejé ir. Salí y fui a mi habitación a acostarme. Estaba tan desanimado que sentí que iba a romper en llanto. Los problemas que había soportado en el pasado no eran suficientes, pero dondequiera que voltara, la desgracia me perseguía. Entonces, algunos de los pasajeros se acercaron a mí y me dijeron que informara del caso al capitán del barco, pero les dije que olvidaran todo el incidente. Los pasajeros insistieron en acudir al capitán. El capitán vino a mi cama y me pidió que le contara exactamente lo que había sucedido. No quise hablar de eso pero el capitán insistió. No podía hablar muy bien el inglés, pero le dije lo mejor que pude. Mientras tanto, el ayudante de cocina se había escondido. Lo encontraron en la parte superior del barco en la caseta de vigilancia y enviaron a dos hombres a bajarlo. Le

encadenaron las manos y lo obligaron a caminar por todo el barco para que los pasajeros pudieran verlo. Lo llevaron al juzgado del barco y allí fue juzgado. Negó muchos cargos. Fue juzgado de acuerdo con sus fechorías y después de eso, no lo vi más.

El 13 de julio de 1910 llegué a Seattle. Estuve allí casi dos meses. Encontré un trabajo allí y trabajé lo suficiente para pagar mis deudas y ganar algo de dinero para el pasaje de regreso a Pensilvania.

El 5 de septiembre, tomé el tren hacia Pittsburgh, Pensilvania. Desde allí, fui a New Kensington, Pensilvania, donde tenía algunos parientes. Conseguí un trabajo en el ferrocarril de Pensilvania y trabajé allí durante seis meses.

El 9 de marzo partí para regresar a Italia. Pisé la costa de Italia el 28 de marzo y una vez más me encontré con mi madre y mi padrastro. En ese momento, comencé a pensar seriamente en el matrimonio. Conocí a una linda chica de mi ciudad natal que se llamaba Julia Lecce. Llevaba dos meses en casa cuando Julia y yo nos casamos. Seguimos quedándonos en el mismo pueblo durante casi un año y el 11 de marzo de 1912 partí para América. Dejé a Julia en Italia. Quería formar un hogar para los dos en los Estados Unidos, y por mucho que odiara dejarla sola, era un plan mucho mejor que permitirle sufrir las incertidumbres y privaciones que yo había sufrido en mi primer viaje aquí.

Fui a vivir a Glassport, Pensilvania y allí conseguí un trabajo en el ferrocarril. Después de cuatro meses envié a buscar a mi esposa.

Estuvimos nueve años en Glassport y en ese tiempo nos nacieron cinco hijos: Ansel, Alfred, Laretta, John y Erma. En 1917, estaba trabajando en los hornos de coque en Glassport, Pensilvania, y allí conocí a un hombre llamado Joseph Corrado. Solíamos caminar juntos a casa. Una noche, mientras íbamos de camino a casa, sentí un fuerte deseo de hablar sobre asuntos religiosos, sobre Dios y mi fe, que era la fe católica. Le hablé de los santos, de Cristo y de Dios. Me dijo que no existían los santos, Cristo y Dios. Le dije: "¿Quién crees que controla el sol, la luna, las estrellas; quién controla las plantas de la tierra, la lluvia, etc.?" Me dijo que todo venía de la naturaleza y que era ridículo creer en tales cosas. Me enfadó mucho y me empezó a desagradar mucho. Pronto descubrí que era anarquista. Me alegré cuando este hombre dejó su trabajo porque su presencia se había vuelto demasiado inquietante.

Mientras visitaba a un amigo mío un año después, me sorprendió ver al mismo Joseph Corrado en su casa. Cuando me vio, dijo: "Ishmael, sé que eres un hombre que desea servir a Dios. Si llegas a creer en este Dios vivo, será salvación para tu alma. He encontrado un Dios vivo y Te voy a hablar de Él, no del Dios muerto del que me hablaste el año pasado ". La expresión "el Dios vivo" me dejó perplejo, ya que nunca había oído hablar de tal cosa. Luego me dijo que si quería conocer a este Dios vivo tendría que nacer de nuevo. Luego le hice las mismas preguntas que Nicodemo le hizo a Cristo. Me explicó el bautismo de Cristo. Fue difícil de creer lo que me dijo. Me habló del Evangelio, pero no pude entenderlo. Habló largamente y luego dijo: "Si no crees en mi testimonio, ve a Dios en oración y él te revelará el deseo de tu corazón". Me reí de él y pensé que era imposible que Dios me revelara nada. En mis 28 años nunca había sabido que Dios podía revelarse a la gente. Yo era un católico estricto, pero, sin embargo, decidí pedirle a Dios por el bien de mi alma. Le pedí a Dios que me mostrara la verdadera iglesia, Su iglesia. Seguí orando. Una noche tuve un sueño y, en ese sueño, vi un gran edificio. Entré a este edificio. En una de las habitaciones de la izquierda vi un fuego con muchos bebés. Parecían muñecos. Este fuego siguió ardiendo constantemente, pero no quemó a ninguno de los bebés. Del fuego llegaron sonidos de llantos y fuertes lamentos. Una anciana muy delgada con cabello gris y fibroso estaba sentada junto al fuego. Ella me hizo temblar. No quería acercarme a ella. De repente, a mi derecha, en otra habitación, vi a una hermosa joven de unos veinte años, vestida como una hermosa novia. Su belleza era deslumbrante. Después de tener este sueño, entendí que Dios me había mostrado la diferencia entre la Iglesia Católica y la Iglesia de Jesucristo. Mi oración había sido respondida. No mucho después de tener este sueño, se lo relaté a algunas personas de la Iglesia de Jesucristo y me dieron la misma interpretación: que la anciana, que estaba sentada junto al fuego que parecía consumir a estos bebés, representaba las almas de la gente. Esto era típico de la Iglesia Católica. La bella mujer de blanco representó la pureza de la Iglesia de Jesucristo. Sin embargo, incluso después de que me explicaran todo esto, todavía dudaba. Durante diez meses, los hermanos de la Iglesia (los hermanos Domenic Dentino, Joseph Corrado y Vincent Gennaro) vinieron con bastante frecuencia y me hablaron tanto de la iglesia que me molestó. Toda esta charla me confundió. Con cada visita me disgustaban más. Ellos, sabiendo que deseaba servir a Dios, continuaron contándome todo acerca de esta maravillosa iglesia. Un hermano, Domenic Dentino, venía con más frecuencia que los demás y era particularmente irritante. Cuanto más me disgustaba, más a menudo venía. Hablaba, hablaba, hablaba y nunca me daba la oportunidad de hablar una palabra. Tuvo la audacia de decirme que el diablo estaba en mi bolsillo.

En 1918, mi hijo Alfred sufrió una meningitis espinal. Traté de hacer todo lo que pude por él, pero todo parecía en vano. Estaba tan terriblemente enfermo que no podía ver, oír ni hablar. Su piel comenzó a pelarse. Dos meses después, mientras mi hijo Alfred todavía estaba enfermo, toda la familia contrajo influenza durante la terrible epidemia de "gripe" que asolaba el país en ese momento. Una noche reuní todas las medicinas que había comprado y las puse en una canasta de celemín. Salí y lo arrojé todo a un arroyo cercano. Medicinas aquí y medicinas allá, medicinas de todo tipo y prescripciones y ninguna capaz de hacernos un gramo de bien. ¿Quién podría ayudarnos en este momento? ¿Quién aliviaría nuestros sufrimientos? Mi corazón se volvió hacia Dios, el Omnipotente, en cuyas Manos está el poder de la vida y la muerte. Mi corazón se desgarró cuando le supliqué que nos ayudara. Lloré como un bebé. Le pedí que tuviera misericordia de mi familia y que sanara a mi hijo Alfred de su aflicción. No entendí la visitación del espíritu de Dios. Dos horas después de esa oración, escuché a mi hijo hablar y preguntar por su madre. Caminé hasta su cama. Abrió los ojos. Su audición volvió. El resto de mi familia también fue sanada. En medio de toda esta aflicción, nació mi hijo John. Yo era el único que podía encargarse de todo y estaba lejos de estar bien (nuestra casa había sido puesta en cuarentena).

Mientras tanto (18 de julio de 1919) había venido un hombre a vivir en mi casa. Este hombre estaba enfermo. Un día fue a Pittsburgh a ver a un médico. Cuando llegué a casa del trabajo, lo encontré empacando su ropa. Le pregunté por qué se estaba mudando y me dijo que el médico le había dicho que si quería curarse tendría que dejar mi casa y mudarse a otro lugar. Le dije que la casa donde se iba a mudar era un lugar húmedo y poco bueno para un enfermo. Luego me confesó que no había ido a un médico, sino que había ido a un sanador divino. El sanador divino le había dicho que mientras viviera en mi casa, no podría curarlo. (Este sanador divino había intentado venir a mi casa varias veces, pero de alguna manera nunca pudo entrar). Se movió. Sin embargo, me di cuenta de que Dios había estado protegiendo constantemente mi casa de todos los males y peligros. . . espiritualmente y de otra manera. El deseo de acercarme a Dios se hizo más fuerte dentro de mí.

A finales de julio de 1919 me visitaron los hermanos Cesare Talamonti y Domenic Dentino. Era la primera vez que el hermano Talamonti venía a mi casa. Cuando los vi, me sentí como si fueran mensajeros celestiales. Pasamos una noche hablando de las cosas maravillosas de Dios. Todo lo que hablaron esa noche tuvo un nuevo significado para mí. Sus palabras eran un bálsamo reconfortante. Mi corazón se llenó de esperanza renovada. La tarde pasó rápido. Los hermanos

empezaron a irse, pero cuando llegaron a la puerta regresaron y volvieron a sentarse. (Más tarde escuché que una voz le había hablado al hermano Talamonti y le había dicho: "Vuelve; tu trabajo no está terminado"). Después de hablar largamente, se levantaron y caminaron hacia la puerta. Luego regresaron y se sentaron nuevamente. (La misma voz había dado la misma orden.) Seguimos de nuevo con el tema del Evangelio. Caminaron hacia la puerta por tercera vez. (Se produjo una repetición de lo mismo.) El Hermano luego regresó para ofrecer oración. Todos nos arrodillamos. Mientras viva, nunca olvidaré la oración que el hermano Talamonti ofreció esa noche. Este fue el comienzo de mi comprensión de la Iglesia de Jesucristo. Estaba tan profundamente conmovido que no pude contener las lágrimas. Sentí como si estuviera escuchando al mismo Dios. Las palabras que fluían de su boca eran hermosas más allá de toda descripción. Después de la oración, los hermanos se fueron a casa. Esta experiencia me dio un mayor deseo de acercarme más a Dios.

A principios de agosto de 1919, un amigo me dio una Biblia. Él dijo: "Sé que te gustan estos locos de la iglesia, así que aquí tienes una Biblia para volverte loco también". Debo decir que estaba ansioso por leerla. Entré a la casa con la buena intención de leer e investigar el Libro Sagrado. Quería descubrir con la lectura lo lejos que estaba de Dios. Apenas había abierto el libro cuando mi esposa me interrumpió y me pidió que durmiera al bebé. Estaba molesto, pero pensé que era mejor obedecer. Puse al bebé a dormir y volví a mi Biblia. Entonces mi esposa me pidió que hiciera fuego en la estufa. Sus interrupciones eran realmente una molestia. ¡Era un caluroso día de agosto y ella quería fuego! Sin embargo. No quería iniciar una discusión, así que encendí un fuego diligentemente. Hice un buen fuego caliente y volví a leer la Biblia. Estaba muy concentrado cuando mi esposa me pidió que fuera a la tienda a comprar víveres. Sabía que teníamos mucha comida en la casa. Cuando ella me pidió que hiciera esto, me sentí tentado más allá de la resistencia. Estaba realmente enojado ahora y estaba a punto de negarme a ir cuando una voz me llamó: "Si quieres estar cerca de mí, debes obedecer". Me controlé y fui a la tienda. En mi camino me pareció escuchar dos voces dentro de mí. Uno dijo: "Las cosas correctas son difíciles de hacer", y la otra voz dijo: "¿Vas a escuchar a esa mujer toda tu vida y dejar que te trate como a un niño?" · Entonces la otra voz habló de nuevo diciendo: "Si quieres servir a Dios, primero debes comenzar a obedecer esas pequeñas cosas". Dejé la Biblia ese día y decidí que al día siguiente iría a la cima de una montaña cercana y leer hasta llenar mi corazón. Esa noche mi esposa no tenía tareas para mí y parecía feliz de ver que no estaba leyendo la Biblia. Esa noche me parecieron mil años. Estaba tan ansioso por comenzar a leer la Biblia. Al amanecer, salí de la casa con la Biblia bajo el brazo.

Mi esposa me preguntó adónde iba y le dije que iba a tomar un poco de aire fresco. Vi un árbol en la montaña que pensé que sería un lugar cómodo para leer. Cuando me senté debajo del árbol, vi un pequeño pájaro volando sobre mí. Abrí la Biblia y algo pareció hablar dentro de mí diciendo: "¿Por qué no le oras a Dios para que te guíe a encontrar lo que tu corazón desea?" Me arrodillé y comencé a orar. Mientras oraba, escuché un ruido terrible en el árbol. Parecía como si las ramas del árbol se estuvieran rompiendo. Estaba asustado. Entonces escuché una voz que decía "Ora, ora, ora". Dudé en mi oración, pero sabía que Dios estaría conmigo si continuaba orando. Me sentí animado en este pensamiento y continué orando. En mi oración dije: "Querido Dios, durante 29 años he servido a satanás, pero desde este momento en adelante te serviré". Mientras oraba, este pájaro hizo ruidos en las ramas. Cuando hube terminado mi oración, se fue volando. Finalmente, me sentí libre de leer la Biblia. Leí la Biblia hasta el contentamiento de mi corazón ese día y descubrí que estaba lejos de Dios.

Antes de la puesta del sol, me fui a casa. La cena estaba lista y después de la cena continué con la lectura de la Biblia. Mi esposa no me molestó. Me sentí en paz. Oré sinceramente para que el Señor hiciera más claros y sencillos sus caminos porque estaba ansioso por servirle con todo mi corazón y mi alma.

La noche siguiente, cuando todos se habían retirado a descansar, me arrodillé en oración y le pregunté a Dios con toda sinceridad si este Evangelio había sido realmente restaurado o no. Vi mis pecados ante mí y sentí tal pena que comencé a llorar. Mi corazón parecía roto por el dolor. Después de orar, apagué la luz. Mientras lo hacía, vi una luz entrar en mi habitación ... una luz que era tan brillante como el sol del mediodía. Escuché una voz que decía: "Mi Evangelio es luz; depende de ti si quieres obedecer". Todo mi cuerpo parecía animado por esta experiencia. Me metí en la cama y luego escuché un coro de voces cantando un hermoso himno y mientras continuaba el canto, sentí que me llevaban al cielo. Dije: "Estos son los himnos que se cantan en la Iglesia de Jesucristo". Oré toda la noche, porque el espíritu de arrepentimiento se había apoderado de mí.

Comencé a visitar la Iglesia de Jesucristo. Le dije a mi esposa: "Iré a esta iglesia; si encuentro que es genuina, me bautizaré, pero debes hacer lo que tu corazón desee porque somos dos almas separadas. Si quieres continuar en la fe Católica, eres libre de hacerlo, pero yo iré a la Iglesia de Jesucristo.

En mi primera visita a la iglesia, entendí muy poco inglés. Solo ver los rostros de los hermanos y hermanas fue como ver los rostros de los ángeles. Me

dije a mí mismo: "Este es un pueblo que pertenece a Dios porque el amor de Dios está en sus corazones. No merezco estar entre ellos". Fui dos veces sin acompañante. Cuando fui a la tercera reunión, mi esposa vino conmigo. Le dije que se quedara en casa, pero ella dijo: "Si esta iglesia es lo suficientemente buena para ti, es lo suficientemente buena para mí. Donde tú mueras, ahí es donde quiero morir". Ella vistió a nuestros cuatro hijos y me siguió a la iglesia.

Dos semanas después (24 de agosto de 1919) pedí mi bautismo. Fue un día feliz para mí cuando mi esposa también se levantó y pidió su bautismo. Fuimos bautizados por el hermano Fred Smith. No era un hombre sano. Estaba afligido y ningún médico podía ayudarme. Cuando llegué a la Iglesia, oré por la salvación de mi alma y no por ninguna curación corporal. Después de mi bautismo, mis aflicciones desaparecieron y me convertí en un hombre nuevo, natural y espiritualmente. Después de obedecer el Evangelio, a Satanás no le gustó y los domingos por la mañana sentí un espíritu sobre mí que me hizo temblar. Me preguntaba si este era el espíritu de Dios ya que era joven en el Evangelio. Este poder se hizo más fuerte sobre mí. Mientras me sentaba en la silla, este espíritu trabajaba en mí hasta un punto en el que no podía controlarme. Controlaba la mitad de mi cuerpo y no pude soportarlo más. Me levanté y pedí oración. Siete ministros me ungieron y pusieron sus manos sobre mi cabeza. Este espíritu era tan violento que estos ministros tuvieron que sujetarme. La silla se alejó de mí. Los hermanos trataron de reprender a este espíritu. Este espíritu se apoderó de mis piernas y ya no podía ver mis pies porque pateaba violentamente. Cuando este espíritu finalmente se fue, estaba empapado de sudor. Después de esta terrible experiencia, el Señor me visitó con maravillosas visiones y me sentí muy animado. Sin embargo, fui tentado durante 40 días por espíritus malignos. En octubre de 1919, tuvimos una conferencia en Dravosburg, Pensilvania. Todos disfrutaron de la bendición de Dios. Todavía estaba afligido por espíritus malignos y me sentía débil. Oré: "Oh Señor, me has llamado y ahora estoy débil y cansado. Tú, solo, puedes salvarme". Mientras oraba, vi los cielos abrirse y vi un arco que descendía del cielo, me encontré en el arco. Este arco era hermoso más allá de toda descripción. Estuve en este arco durante unos diez minutos. En este tiempo, los espíritus malignos me abandonaron y fui libre. Mi mente y mi corazón quedaron en paz y obtuve mucho bien en la conferencia. Le agradecí a Dios por liberarme de esta tribulación malvada.

Una noche, el 27 de noviembre de 1919, mientras oraba, le pedí a Dios que cuidara de mí. Sentí una mano dándome palmaditas en el hombro y durante mi oración, esta mano siguió dándome palmaditas. Se sintió tan maravilloso. Entonces

escuché una voz que decía: "Pregúntale a Dios qué significa esta visitación". Me sentí espiritualmente elevado cuando me fui a la cama. Apenas había tocado mi cama cuando fui trasladado en el espíritu. Era medianoche, pero parecía como si fuera la tarde. Tuve una visión. Vi una calle estrecha con arbustos a ambos lados y árboles rectos y altos. No puedo decir cuánto tiempo estuve mirando esta calle. Esta calle parecía correr de este a oeste. Estaba ansioso por ver dónde terminaba esta calle, pero tan pronto como traté de averiguarlo, mi visión terminó. Me quedé dormido y, por la mañana, parecía que había tenido un sueño importante, pero no lo recordaba. Le pregunté a Dios si este sueño era importante para mí. Oré por esto tres veces pero no recibí respuesta. Me fui a trabajar y dos cuadras antes de llegar a la fábrica, me detuvieron en medio de la calle. No pude ir más lejos. No había nadie alrededor. De repente fui trasladado en el espíritu y parecía como si estuviera pasando por una pequeña colina. A mi alrededor había árboles y hierba verde fresca. Vi a los hermanos Cesare Talamonti y Vincent Gennaro. Me alegré de verlos a los dos y comenzamos a caminar por la colina. Parecía que teníamos que ir a una reunión. Cuando llegamos al lugar de encuentro, encontramos a tres ancianos de barba blanca. Noté que uno de ellos era mayor que el resto. Estos ancianos estaban parados cerca de un tronco de árbol sobre el que descansaba un libro grande. El mayor del trío me dio un libro; luego abrió este gran libro en el trozo de un árbol, me señaló con el dedo y dijo: "Oh tú, Ishmael, debes convertirte en un nuevo Ismael, igual que el Ismael de antaño". Sus palabras conmovieron a toda mi persona. Entonces me encontré de nuevo en la calle y el poder de Dios estaba sobre mí hasta tal punto que apenas podía controlarme para no gritar. Cuando fui a trabajar, esa bendición permaneció conmigo todo el día.

Un día frío y oscuro de invierno (diciembre de 1919) me sobrevino un fuerte deseo de ir a la reunión de M.B.A. que se estaba realizando en la casa del hermano Charles Ashton, que vivía en Coal Valley. En ese tiempo, las reuniones de M.B.A. se llevaron a cabo en diferentes hogares. Les pregunté a varios de los hermanos que vivían cerca de mí si querían ir conmigo, pero no querían ir porque el clima estaba desagradable. Había mucha nieve. Sin embargo, decidí ir. No tenía idea de dónde vivía este hermano, pero sentí que el Señor me guiaría allí. Sentí como si una voz dulce me dijera: "Sigue adelante porque estaré contigo. Mira al cielo". Hice lo que la voz me dijo y miré al cielo. Allí, en medio de un cielo oscuro, vi una estrella brillante. La voz me dijo que siguiera esa estrella hasta que estuviera directamente debajo de ella. Cuando estuviera debajo, esa sería la casa del hermano. Seguí la estrella; Incluso crucé el río Monongahela. Por fin vi que estaba directamente debajo de la estrella. Ante mí vi una casa. Esta era la casa del hermano Ashton. Cuando el hermano abrió la puerta, exclamó: "¿Cómo es que tú,

un extraño en estos lugares, encontraste el camino a mi casa?" Le dije que el Señor me había traído allí. Dijo que el Señor ciertamente debió haberme guiado porque esta parte de Pensilvania era completamente nueva para mí. Había muy pocas personas en la reunión esa noche, pero las bendiciones de Dios se derramaron sobre nosotros en abundancia.

El sábado por la mañana antes de la reunión de la conferencia de abril de 1920, tuve un sueño de que todos los apóstoles de esta iglesia me rodeaban. Querían llevarme con ellos y me dijeron: "Ven con nosotros; hay un gran trabajo para ti".

Tenía intenciones de ir a la conferencia para ayudar en la cocina. Después de llegar allí, comencé a trabajar en la cocina. En la tarde del mismo día, fui llamado por los Apóstoles de la iglesia. Cuando estaba con el quórum de doce, fui elegido para ser ministro de la iglesia. Después de esto, supe que mi sueño había sido un sueño con un significado espiritual. Sabía que era Dios mismo quien me había llamado al ministerio.

Después de convertirme en miembro de esta iglesia, comencé a hacer muchas visitas. Hice esto continuamente. Después de ser ordenado ministro, el deseo de visitar a las personas se hizo más fuerte que nunca y oré para que Dios me diera la oportunidad de hacer un trabajo evangélico.

Tenía tres meses de bautizado cuando el Señor me dio el don de lenguas. Al principio no hubo interpretación de mis lenguas; todos empezaron a dudar, y los ministros me dijeron que examinara más el espíritu. Cuando vi sus dudas, me desanimé mucho, así que le pedí a Dios que le diera una interpretación de mi lengua a alguien o que me quitara ese don. Un día, mientras me sentía particularmente desanimado por estas lenguas, me sentí movido a hablar en lenguas. Decidí mantener la boca cerrada con tanta fuerza que no sería capaz de pronunciar un sonido. Sentí que todo mi cuerpo se hinchaba hasta el punto de que sentí mis ojos sobresalir. Me estaba asfixiando. Dijo una voz. "¿Quién eres tú para detener mi poder?" Cuando escuché esta voz, mi boca se abrió y las palabras brotaron, como el disparo de un cañón. Temblé y le pedí perdón a Dios por lo que había hecho. Después de esta experiencia, el Señor comenzó a dar las interpretaciones de mis lenguas. No mucho después de esto, el hermano Joe Dulisse oró a Dios (ya que él también había dudado de las lenguas que hablaba) que si realmente hablaba con el espíritu de Dios, que después de la reunión, cuando le estrechara la mano, él, también, debería sentir una porción de ese espíritu sobre

él. Al final de la reunión hablé en lenguas. Este hermano caminó hacia mí, y cuando su mano casi tocó la mía, de repente se sacudió, y se levantó de un salto como si hubiera recibido una descarga eléctrica y el mismo poder de Dios lo retorció por todos lados. Inmediatamente gritó: "Hermanos y hermanas, no duden más de la lengua del hermano Ishmael porque el don viene de Dios".

Continué en la iglesia haciendo lo mejor que pude, pero siempre tuve un gran deseo de difundir la palabra de Dios; Ayunaba y oraba a menudo. Un miércoles por la noche de marzo (1921) tuvimos una reunión de testimonios en la iglesia y muchos testificaron que eran espiritualmente débiles. Los ministros testificaron las mismas cosas. Me dolió tanto el corazón al escuchar todos estos testimonios de debilidad que me fui a casa muy triste. Le pedí a Dios que quitara este espíritu de debilidad de entre nosotros y que nos diera fuerzas. También le pedí a Dios que liderara el camino para que Su palabra pudiera expandirse. Fui guiado a tomar la Biblia y leer para que mi corazón se consolara. Mientras mis ojos estaban cerrados como si estuviera durmiendo, escuché una voz, pero no entendí lo que decía. Yo, creyendo que era alguien de mi familia que me llamaba, fui a ver, pero mi familia estaba dormida. Regresé a mi habitación y comencé a leer de nuevo, y la voz volvió a llamar diciendo: "Despierta". Cuando esta voz dijo "despierta", una llama vino sobre mí y atravesó todo mi cuerpo. La segunda vez que la voz habló, esa llama entró en mi cuerpo y pareció quemarme. Pasó cuatro veces, pero no entendí el significado de estas cosas. Me fui a la cama y esa noche mi cuerpo parecía estar lleno de un poder supremo. Al día siguiente, cuando conocí al hermano Charles Ashton, le conté mi experiencia de la noche anterior. Esperé a que me diera una interpretación, pero dijo que era una buena señal para mí, pero que no podía entender lo que significaba.

El tercer día después de mi extraña experiencia, se recibió una carta de Detroit, Michigan, que decía que había personas en Detroit que querían ser bautizadas en esta iglesia. El hermano Patsy DiBattiste ya había dado su testimonio de la iglesia a sus parientes en Detroit. La hermana Frammolino, al mismo tiempo que fui visitada con el fuego y la voz de Dios, estaba orando para que la luz del Evangelio llegara a Detroit. Luego, cuando leí esta carta, me llené del espíritu de Dios y una voz habló diciendo: "Este es tu llamamiento". Esta carta fue llevada a la casa del hermano Fred Smith y mientras la leía, se volvió hacia mí y me dijo: "Hermano D'Amico, ¿quiere ir a Detroit y hacerse cargo de esta obra?" Dije: "Si esta es la voluntad de Dios, lo haré". Luego pasó el hermano Ashton y el hermano Fred Smith le mostró la carta. Cuando leyó la carta, me hizo la misma pregunta que me había hecho el hermano Fred Smith. Sabían que sería muy difícil para mí

porque tenía una familia numerosa que mantener. Estaba listo para ir a Detroit, Michigan, para hacer la voluntad del Señor de plantar el Evangelio y establecer Su Iglesia. Sabía que cuidaría de mi familia. Seguí orando a Dios para saber si realmente debería ir a Detroit. Después de dos noches, tuve un sueño en el que me encontraba caminando. Me encontré con un gran edificio y en este edificio. Conocí a un hombre que se parecía a Satanás. No quería que saliera del edificio. Hizo todo lo que pudo para evitar que me fuera, pero me levanté con gran poder. Sostuve una barra de hierro en mi mano y dije: "Tengo la autoridad de Jesucristo y con este hierro te heriré". El suelo se abrió de repente y desapareció. Entonces se abrieron las puertas del edificio y vi un gran campo de trigo. Vi casas, árboles y calles.

Seguí orando para ver si realmente debería ir a Detroit porque no estaba satisfecho con esta experiencia. Tuve otro sueño en el que vi al presidente de la Iglesia, el hermano William Cadman. Me dio una hermosa maleta blanca que sabía que no estaba hecha con manos humanas. La abrió y puso algún tipo de material en el lado izquierdo y material en el lado derecho. La cerró y me la dio diciendo: "Ve a tu destino". Tomé la maleta y me la puse al hombro. Parecía como si caminaba con la maleta toda la noche y el camino por el que transitaba conducía a una ciudad, pero no sabía el nombre de la ciudad. Me desperté. Entonces me di cuenta de que Dios quería que fuera a Detroit para hacer la obra misionera.

La semana después de que tuve esta experiencia, la Rama de Rock Run tuvo una reunión para ver a quién le tocaba ir a Detroit, y la mayoría tenía el espíritu de que era mi tiempo para ir. Había orado para que el Señor revelara Su voluntad a los demás hermanos. Varios de los hermanos tuvieron revelaciones de que yo iba a ir. El hermano Joseph Dulisse decidió acompañarme.

Dejamos Glassport, Pensilvania, el 19 de abril de 1921. Cuando llegamos a Detroit, fuimos a la casa del hermano Ralph Frammolino. Declamamos paz en ese hogar.

Detroit era como un desierto en lo que concierne al Evangelio. La primera noche en la casa del hermano Frammolino, mis oraciones fueron que Dios abriera el camino para la siembra del Evangelio. Toda la noche no pude dormir. Fui trasladado en el espíritu y vi una calle alrededor de una pequeña colina y en esta colina había un poste de telégrafo. Sobre este poste había una paloma del tamaño de una persona. Esta paloma habló y dijo: "Paz, paz, paz". Entonces vi a dos hombres cargando esta paloma en sus brazos y fueron a cada casa con esta paloma. En cada hogar al que entraban, la paloma decía: "Paz". Entonces vi una espléndida

boda. Vi una habitación preparada para esta gran boda. Después de mi visión, me llené de tal alegría que al día siguiente (abril 20, 1921), que era miércoles, (el día de nuestro primer encuentro) puedo testificar que la gloria de Dios estaba en esa reunión. El hermano Frammolino se levantó y dijo: "Escucho sonar una campana en mi habitación". También escuchó una hermosa música de violín y el espíritu de Dios confirmó nuestra revelación de que Su Iglesia estaba a punto de establecerse en Detroit.

El 24 de abril de 1921 se bautizaron los primeros cinco miembros. Eran Anna Frammolino, Ralph Frammolino y su hija Louise, y Mary y Joseph Giansanti. Fue un día glorioso. Ese día hubo una bendición que nadie olvidará jamás. La hermana Frammolino fue la primera en ser bautizada en las aguas de la regeneración. En junio de 1921, tuve un sueño en el que vi al hermano Charles Ashton dándome una licencia con la palabra "evangelista" escrita en ella. En la conferencia de julio de 1921, el hermano Charles Ashton expresó sus sentimientos en lo que respecta a mi ser evangelista. Desde que fui llamado a hacer el trabajo en Detroit, todos estuvieron de acuerdo en que debería ser ordenado evangelista de esta Iglesia.

Después de tres meses de trabajo en Detroit, regresamos a Pensilvania y la Iglesia decidió enviarme a Detroit para continuar con la obra misionera. El hermano Joseph Dulisse permaneció en Pennsylvania.

Después de cinco meses desalentadores, el Señor comenzó a llamar a más personas a Su Evangelio. En el verano de 1921, tuve un sueño en el que pensé que tenía mucho trabajo por hacer. Comencé a caminar por una calle en campo abierto. Mientras caminaba rápido para hacer mi trabajo, vi a los hermanos William Cadman y Charles Ashton, pero no me acerqué a ellos porque estaba demasiado ocupado. Vieron que estaba muy ocupado y me dejaron solo. Mientras caminaba, llegué a un pequeño pueblo donde un perro grande quería devorarme. Cuando estuvo a unos metros de distancia, cerró la boca, caminó a mi alrededor y regresó al pueblo. Seguí caminando y llegué a un pueblo más grande. Esta vez, un perro más grande vino hacia mí, cerró la boca y regresó al pueblo. Seguí caminando y llegué a un pueblo aún más grande. Una vez más, un perro más bravo vino a devorarme. Cuando estuvo casi cerca de mí, cerró la boca, caminó a mi alrededor y se alejó. Encontré una aldea aún más grande y encontré a un perro más feroz que los demás. Hizo lo que habían hecho los otros perros. No puedo enumerar las aldeas que vi ... cuanto más grande era la aldea, más grande era el perro. Después de pasar por todos estos pueblos y estos perros, llegué a un lugar donde había miles

y miles de personas. Cuando llegué a este lugar, me apresaron y me pusieron en una cruz. El hermano Joseph Dulisse estaba allí predicando y decía: "Observen a este hombre; su carne está completamente cortada; sin embargo, su cuerpo será nuevo de nuevo".

El 13 de agosto de 1921, la hermana Frammolino, una de sus hijas y yo fuimos a Cleveland, Ohio. Había tomado una de las direcciones de los hermanos, pero de alguna manera la perdí; por lo tanto, cuando la hermana Frammolino preguntó si tenía o no la dirección de alguien en Cleveland, le dije que el Señor me la proporcionaría. Llegamos a Cleveland a las 2:00 P. M. No teníamos noción de orientación. Luego vi a un policía y le pregunté qué tranvía nos llevaría a nuestro destino. Él no me entendió y dijo: "Solo Dios puede llevarte a donde quieres ir, porque no sé a dónde dirigirte". No pude decirle el nombre exacto de la calle. Entonces volví mi corazón a Dios, diciendo: "Oh Dios, tienes tantos mensajeros; puedes dirigirnos a nuestro destino para encontrarnos con los hermanos". De repente se me apareció un hombre. No sé de dónde vino; vino tan rápido. Él era de mediana edad. Me saludó y me preguntó adónde iba. Luego dijo: "Sé que viniste de Detroit y sé el lugar de tu destino. ¡Yo también voy allí!". Cuando escuché esas palabras, pensé que era un hermano de Cleveland y lo iba a saludar con ósculo santo, pero de alguna manera, no pude hacerlo. Luego dijo: "Si quieres ir directamente al lugar que estás buscando, tendrás que tomar el siguiente tranvía". Entonces respondí: "Me subiré al mismo tranvía que tú". Todos subimos juntos al tranvía. Luego comenzó a hablar sobre las profecías de antaño; dijo: "Hemos llegado a los días de principios de dolores, donde las guerras, los rumores de guerras, hambrunas, terremotos, etc. están llegando a la tierra". También habló de otras cosas que sucederían y cuando escuché a este hombre hablar palabras tan maravillosas, me llené de gozo. Unas paradas antes de irnos, le dijo al conductor dónde dejarnos. El conductor dijo: "El coche no se detiene allí". Entonces este hombre miró al conductor y dijo: "¿Por favor?" Entonces el rostro del conductor cambió por completo y dijo: "Sí, haré lo que me pides y detendré el automóvil en ese punto". Regresó con nosotros y nos dijo que nos bajaríamos pronto. Nos dijo que nos preparáramos y nos dio las instrucciones que debíamos seguir. Íbamos a caminar dos cuadras a la derecha, hasta llegar a una línea de tranvía; luego caminar dos cuadras a la izquierda. Hicimos esto y vimos una parada de tranvía. Se bajaron tres hermanos, los hermanos Joseph Corrado, Peter Garofalo y Vincent Tomassi. Se sorprendieron al vernos y cuando les expliqué cómo habíamos llegado allí, el hermano Joseph Corrado dijo: "Hermano Ishmael, ese no fue un hombre que lo guio hasta aquí, sino un mensajero de Dios".

Cuando regresamos a Detroit y contamos esta experiencia, todos fueron inmensamente bendecidos. Fue entonces cuando el hermano Frammolino relató una experiencia ... una visión en la que había visto a un hombre descender de una nube en el cielo y detenerse a mi lado. Después de que el tranvía nos dejó, la misma nube llevó a este hombre al cielo.

Esta es una experiencia que nunca podré olvidar. Dios seguramente vino en nuestra ayuda en el momento en que pensamos que estábamos perdidos. El 31 de agosto de 1921, mientras estaba en Detroit, tuve otra experiencia. Mientras caminaba después de haber cenado, escuché una voz que decía: "Tu hijo Alfred está muerto". Cuando escuché esta voz, todo mi cuerpo se conmovió. Oré, diciendo: "Oh Señor, estoy en esta ciudad para hacer Tu Voluntad y predicar Tu Palabra. Dejé a mi familia en Tus Manos en Pennsylvania. Ahora sabes lo que le ha pasado a mi hijo. Si está muerto, Hágase Tu Voluntad, pero si está cerca de la muerte, extiende Tu Mano para que pueda ser protegido de todos los peligros ". Mientras oraba, tuve una visión de que mi hijo había muerto y estaba cubierto para que yo no pudiera verlo. Un hermano estaba recolectando dinero para un funeral. La visión luego me abandonó y me quedé con mucho dolor por mi hijo.

Esperé cartas de mi esposa para darme alguna noticia de casa, pero ella nunca escribió nada ni nadie más. Entonces pensé que me habían engañado para que no acertara mis labores en Detroit. En octubre, en tiempo de conferencias, regresé a casa. Lo primero que hice fue mirar a mi hijo Alfred. No lo reconocí. Mi esposa dijo: "¿No lo conoces? Ese es tu hijo". Pensé en mi experiencia. Le pedí a mi esposa que contara lo que le había pasado al niño el 31 de agosto después de la cena. Ella me dijo que no había pasado nada, pero yo dije: "Dime la verdad, porque el niño estaba muerto a esa hora". Ella gritó y luego dijo: "De verdad, de verdad, de verdad, el niño estaba muerto a esa hora. Mientras lavaba, una tina llena de agua caliente con jabón cayó sobre él. Tomé agua fría y se la arrojé y luego llamé a una hermana. Ella puso un poco de aceite de unción sobre las partes quemadas. Los ministros fueron llamados para unirlo. Tres o cuatro días después de la oración, el niño quedó completamente sano ". Cuando escuché todo esto, le di gracias a Dios por todo lo que había hecho por mi hijo.

A fines de octubre de 1921, mi familia llegó a Detroit. El 6 de noviembre de 1921 comencé a trabajar como obrero en una nueva bodega de automóviles que se estaba construyendo en la calle St. Jean. Era un edificio de cuatro pisos y estaba trabajando en un andamio en el tercer piso. De repente sentí que la tabla se agrietaba y supe que estaba a punto de caer. De repente se quebró. Aclamé al Señor

para que me salvara y tan pronto como esa tabla se rompió bajo mis pies, sentí que una mano poderosa me agarraba y me levantaba hasta el andamio del cuarto piso. Uno de los hombres que estaba trabajando en el suelo presencié esta escena y cuando me vio en el andamio de arriba, apenas podía creer lo que veía. Le dije que el Señor me había salvado ... y de hecho lo había hecho.

En la primavera de 1922 tuve otra experiencia. Tenía un trabajo en Hupmobile Motor Car Co. en el departamento de envíos. Un día se estaba entregando una máquina perforadora en nuestra planta y no había suficientes hombres para transportarla. Se pidió ayuda a algunos de nosotros en el departamento de envíos. Se suponía que íbamos a transportar esta máquina a la fábrica. Tuve el presentimiento de que algo iba a pasar. Empecé a empujar la máquina. Tenía que ser empujada sobre una plataforma de madera que se utilizaba para pesar acero y otros productos. Cuando toda la máquina estaba en la plataforma, toda la plataforma se partió por la mitad y el carro con estas grandes ruedas de hierro que transportaba esta máquina cayó por este gran agujero. La máquina luego retrocedió y aterrizó sobre mi pie. Esta máquina debió pesar unas cinco o seis toneladas y tan pronto como la sentí caer sobre mi pie, exclamé: "Señor, sálvame". Mi pie quedó atrapado debajo de la máquina. En el momento en que mencioné el nombre del Señor, sentí como si mi pie estuviera sobre un cojín suave y saqué mi pie de la máquina. No hubo un rasguño en mi zapato o pie. Todos los que vieron este milagro se maravillaron porque mi pie no había sido aplastado.

Al mismo tiempo que ocurrió el accidente, el hermano Carmen Campitelli, que trabajaba en el piso de arriba, tuvo una visión de que un hombre en el primer piso se había lastimado la pierna. Luego vio a un hombre vestido de blanco poner un poco de aceite en la pierna de este hombre y el hombre fue sanado de inmediato. Cuando vi al hermano Campitelli a la hora de la comida, me contó su experiencia y fuimos tan bendecidos que ninguno de nosotros pudo comer.

Una noche, en 1922, mientras mi familia, el hermano y la hermana Frammolino y yo conversábamos sobre el Señor, dos hombres que pertenecían a la pandilla mano negra entraron a la casa. Su líder les había ordenado que me hicieran daño por haber comenzado esta misión. Me insultaron y amenazaron con matarme. Uno de estos hombres sacó su cuchillo y estaba a punto de apuñalarme en el pecho. Exclamé: " Oh Señor, si ha llegado mi hora, levanta mi espíritu ". Cuando pronuncié estas palabras, la hoja se dobló y él me golpeó con el mango del cuchillo. Cuando vio esto, se recuperó. y trató de darle un puñetazo al hermano Frammolino. Falló y en su lugar dio un puñetazo a la pared y la rompió. (Todo este

disturbio se produjo porque querían detener la predicación del Evangelio). Este mismo hombre vino dos veces más para matarme. Una vez, cuando estaba a dos cuadras de la casa, se encontró con un anciano que le preguntó adónde iba. Le dijo que iba a mi casa. Este anciano le dijo: "No vayas a esa casa porque ese lugar me pertenece. Un siervo de Dios mora allí y si lo molestas, serás destruido". Este hombre se asustó y de inmediato siguió su camino. En otra ocasión cuando este hombre fue enviado a matarme, se encontró con el mismo anciano que nuevamente le preguntó adónde iba. Él le dijo que iba a mi casa. Una vez más el anciano repitió: "¿No te dije que te alejaras? No toques esa casa, o seguramente serás destruido". Este hombre se asustó tanto que no pudo realizar la tarea para la que fue enviado. Su pandilla se burló de él cuando regresó, y él les dijo que lo intentaran ellos mismos. Entonces, otros dos hombres de la misma banda vinieron a intentar matarme. Cuando estaban a poca distancia de mi casa, el mismo anciano se les apareció y repitió las mismas palabras que había dicho dos veces antes. Estos hombres se asustaron también y se devolvieron. Un sacerdote católico les había ordenado que me mataran y les iban a otorgar \$ 600.00. Estos hombres regresaron al cura y el cura tuvo que duplicar la cantidad que les iba a pagar porque los hombres lo amenazaron diciendo: "Si no duplicas la cantidad de dinero, te mataremos a ti en lugar de a este hombre, a quien no hemos podido dañar".

Ese año fue un año de terribles persecuciones para la Iglesia. Los vecinos cercanos reportaron que estábamos alterando la paz y no recuerdo cuántas veces vino la policía mientras estábamos en nuestra reunión. Los vecinos incluso habían redactado una petición para sacarnos del vecindario. Finalmente llegó el día en que alquilamos un pequeño local para realizar nuestras reuniones. Este lugar estaba ubicado en Cadillac y Forest.

En 1922 o 1923 tuvimos una reunión en French Rd. en Detroit. Un nativo asistió a la reunión con su esposa. Este indígena trabajaba en Hudson Motor Company. Hubo una explosión en la fábrica que lo dejó ciego. Su esposa tuvo que llevarlo de la mano y lo llevó a la iglesia este miércoles por la noche. Durante la reunión, su esposa se levantó y nos pidió que oráramos por su esposo porque había perdido la vista en la fábrica. Luego se levantó y nos pidió que oráramos también por él. Mientras él estaba de pie, hablé con el don de lenguas y también tuve la interpretación que era: "Si tienes fe en Dios, esta noche recibirás tu vista". En respuesta a esto, el nativo respondió que su fe estaba en el Señor. Lo llamé y lo ungué diciendo: "Señor, si este hombre es de la simiente de José, entienda que has dado el poder del Evangelio a los gentiles. ¡En el nombre de Jesucristo, devuélvele

la vista!” Inmediatamente recibió la vista y cantó con nosotros himnos del libro esa misma noche.

Un día de 1922, un hombre, que luego se convirtió en hermano, se me acercó y me pidió que orara por él. Había tenido un flujo de sangre de la boca durante doce años. Le pregunté si tenía fe en Dios y si creía que esta era la Iglesia de Jesucristo que había sido restaurada en estos últimos días. El dijo que sí. Tan pronto como oré por él, fue sanado de inmediato.

Un día, una hermana escuchó sobre el Evangelio a través de un huésped suyo. A ella le gustaron mucho sus palabras y por eso oró a Dios que, si esta era Su Iglesia, enviara un ministro suyo a su casa. Yo estaba trabajando en Ford y cuando salí del trabajo ese día, escuché una voz que me decía que no debía irme a casa, sino que debía ir a cierta dirección porque me necesitaban allí. Era la dirección de esta hermana. No la conocía ni sabía dónde vivía en ese momento. Cuando llegué a su puerta, la abrió y le pregunté qué deseaba. Cuando me vio, comenzó a llorar y a llorar y al preguntarle por qué lloraba, relató su oración: cómo había orado para que Dios enviara un ministro a su casa sin llamarlo. Me quedé allí y le hablé del Evangelio. Ella tenía muchos huéspedes en su casa en ese momento y muchos de ellos se reían y se burlaban de mí, pero no me importaba. Finalmente, la hermana pidió oración. Ella había estado enferma durante mucho tiempo. Ella me dijo que si Dios podía enviar a un ministro suyo como ella había orado, ella sentía que podía curarla de la enfermedad que había sufrido durante trece años. Después de orar por ella, se puso de pie de un salto glorificando al Señor porque Él la había sanado. Ella se bautizó poco después de esta experiencia. (El nombre de esta hermana era Caroline Mazzella.) Su familia dudaba de la iglesia. Una noche, mientras iba camino a casa del trabajo, recibí la misma orden de Dios de ir a su casa y esta vez el esposo de la hermana estaba enfermo. Su esposo relató varias experiencias que había recibido. Pidió oración y luego le pregunté si creía que esta era la iglesia con la verdadera autoridad y que Dios podía sanarlo. Él respondió "Sí". Oré por él y bajo la oración él también fue sanado. Se suponía que debía ir al hospital al día siguiente para una operación, pero al ser sanado llamó a su hijo y le dijo: "Hijo, llama al médico y dile que no voy a la operación porque encontré un médico mejor".

En 1923, la obra misionera en la rama de Oakland se inició cuando un hijo del hermano y la hermana George Castelli fue sanado de una enfermedad. No pertenecían a la iglesia en ese momento. Este fue el comienzo de mi trabajo en esa sección. Después de orar por este niño, el hermano y la hermana Castelli

obedecieron el Evangelio. Unos meses después, la madre de otra hermana fue completamente sanada en su lecho de muerte y, a través de esto, otros doce que vivían en las cercanías de la rama de Oakland obedecieron el Evangelio. Sin embargo, con el tiempo el trabajo espiritual se apagó y solo quedaron unos pocos.

En 1923 tuve una aflicción tan dolorosa que no podía acostarme, levantarme ni hacer nada. Parecía como si no tuviera brazos. Mientras estaba enfermo, el hermano Joseph Corrado vino a mi casa de visita y no tuve fuerzas para pedirle una oración. Al tercer día de padecer esta enfermedad, me quejé del dolor. Oré de rodillas y mientras clamaba a Dios, vi a Cristo ante mis ojos en la cruz, diciendo: "Te quejas de tu dolor, pero mírame". Me mostró cómo fue colgado en la cruz. Cuando vi esto, grité: "Oh, Señor, mi dolor no es nada". Después de esta oración, me sentí mucho más ligero, aunque todavía sentía dolor. No mucho después de esta experiencia, estaba sentado en la iglesia cuando fui visitado con el poder de Dios hasta el punto de que sentí que no había sangre en mis venas y que mis pies ya no estaban en el suelo. Me levanté y hablé en lenguas durante quince minutos y cuando me senté, estaba completamente sanado. El hermano Joseph Corrado recibió la interpretación que yo había hablado sobre uno de los Salmos de David.

En 1923, mientras trabajaba en Ford el Espíritu de Dios me dijo que me fuera a casa porque tenía un trabajo que realizar. Cuando escuché esto, pensé que iría a casa por la noche cuando terminara el trabajo. El espíritu me habló de nuevo diciéndome que me fuera a casa. Nuevamente, pensé que preferiría trabajar hasta el final del día y luego irme a casa. Cuando pensé esto por tercera vez, de repente sentí unas náuseas terribles. Luego pedí permiso y me fui a casa. Cuando llegué a casa, no encontré a nadie allí. Me sentí tan mal que me fui a la cama. No llevaba mucho tiempo en la cama cuando un hombre, que luego se convirtió en hermano, (Anthony Pietrangelo) vino a mi casa llorando. Olvidé mis problemas y le pedí que me contara los suyos. Dijo que quería ser bautizado. Su esposa llegó unos cuatro minutos después. Entonces mi enfermedad se apartó de mí y escuché al espíritu decir: "Este es tu trabajo". Mientras este hermano estaba en el trabajo, escuchó una voz que le decía: "Hoy es el día en que puedes obedecer mi mandato. Vete a casa, para que mi siervo pueda bautizarte". Se fue a casa inmediatamente y ambos, esposo y esposa, se bautizaron ese día.

Mi hijo Paul nació el 26 de junio de 1923 en Detroit y al nacer era un niño muy delicado. Cuando tenía 3 meses, se puso muy enfermo y durante tres días hubo que vigilarlo muy de cerca. Pensé que seguramente moriría. En este momento tuve una visión en la que vi a mi hijo Paul en un ataúd. Pude ver su espíritu

resucitando. Entonces apareció un hombre vestido de blanco, tomó al niño en sus brazos y miró al cielo, después de lo cual inclinó la cabeza como si estuviera en oración. Habiendo hecho esto, devolvió al niño a su cama. Después de esta experiencia, mi hijo Paul se recuperó y se fortaleció. Cuán misericordioso fue Dios para conmigo.

Una noche del año 1923, mientras meditaba acerca de las cosas maravillosas que Dios había hecho, fui trasladado en el espíritu y fui llevado bajo los mismísimos cielos. Estaba tan cerca de las estrellas que parecían tan grandes como dos acres de tierra. Vi las estrellas dibujarse y, en su lugar, quedó un gran agujero. Estas estrellas estaban todas alineadas. Había doce de ellas. De repente vi una gran estrella que era más hermosa y brillante que el resto. Sentí como si nunca hubiera vivido en este mundo. Después de esto, me encontré nuevamente en mi habitación.

En el mismo año, en una conferencia de julio (1923), se mencionó mi nombre como Apóstol para cubrir una vacante. En septiembre de 1923, fui ordenado apóstol. Hubo muchas experiencias sobre mi vocación.

En 1923, estaba haciendo obra misionera en Toledo, Ohio, y bauticé a dos almas de allí en Detroit. Iba allí casi todos los domingos y, de vez en cuando, llevaba a algunos hermanos y hermanas conmigo. Estas personas invitaban a sus amigos y muchas veces, había unos veinte ahí. Un domingo, cuando fui allí, a este hermano le habían robado todas sus gallinas del gallinero. Estaba muy enojado y dispuesto a matar al que le había robado. Le dije que no se preocupara por las gallinas porque el Señor podía proveerlo todo. Pensó que alguna familia que conocía los había visto. Por la tarde, no vi a este hermano y le pregunté a su esposa por él. Ella me dijo que probablemente había ido a buscar a la persona que había robado las gallinas. Cuando escuché esto, mi corazón se quebrantó. Le pedí a Dios que hiciera parar el coche del hermano. En el mismo momento, el motor del hermano explotó y su camioneta no pudo moverse. No sabía qué hacer y de repente escuchó una voz que le decía: "Regresa; envíe a mi siervo desde Detroit para que te dé mi palabra y tú te vas". Cuando escuchó esta voz, puso en marcha el coche y el motor arrancó sin más problemas. Ese mediodía cuando el hermano regresó, vi que su rostro estaba pálido, y testificó cómo había explotado el motor y cómo había escuchado la voz para que regresara. Este hermano no fue muy firme en el Evangelio. Se asoció con malas compañías. Cuando iba a su casa, él nunca estaba allí. Una vez fui allí a medianoche y lo encontré acostándose. Cuando me vio, trató de esconderse. Antes de mi llegada, tuvo una experiencia en la que me vio llegar a su casa y trató de escapar. Cuando trató de salir por la puerta, yo estaba allí con los

brazos como muros. Probó las ventanas y la puerta trasera. Cada vez me encontraba allí con mis brazos bloqueando su escape. Cuando vine esa noche, me contó esta experiencia. Poco después de esto, fue enviado a la cárcel por algún mal que había cometido. Después de treinta meses, fue liberado, y fui allí para decirle que se arrepintiera, pero él dijo que tenía que vengarse de los que eran la causa de su problema. Insistió en hacer esto. Le dije que si no se arrepentía, lo matarían porque no podía ocupar el lugar de Dios. No se arrepintió y dos semanas después lo mataron.

En 1924 tuve otra experiencia. Recibí un telegrama de un hombre en E. St. Louis, Illinois que no pertenecía a nuestra iglesia. Quería un poco de aceite bendecido de nuestra iglesia para dárselo a su padre moribundo. Este hombre había estado en algunas de nuestras reuniones y había visto el espíritu de Dios obrar sobre los enfermos. Había presenciado sanidades. Tenía fe en la iglesia; entonces, había telegrafiado pidiendo un poco de aceite de unción. Al principio, no sabía qué hacer porque nunca habíamos usado el aceite en los que no pertenecían a la iglesia. Le pedí consejo a uno de los ministros y no pudo aconsejarme. Decidí ir a Dios en oración y preguntarle si era Su Voluntad que yo enviara el aceite de unción. Dios respondió a mi oración de inmediato porque escuché una voz poderosa que decía: "Envía el aceite rápidamente porque esta es mi Voluntad". Cuando entré en la habitación contigua, encontré a una hermana llorando. Me dijo que había tenido una experiencia; ella había mirado mi casa y había visto caer una lluvia dorada sobre el techo de la habitación en la que yo había estado orando. Entonces estaba seguro de que era la voluntad de Dios enviar este aceite a St. Louis. Cuando este hombre recibió el aceite, se lo dio a su padre y tan pronto como lo bebió, se levantó de su cama y se sentó a cenar con el resto de su familia. Más tarde escribió y elogió a la gente de la Iglesia de Jesucristo por su fe en Dios.

[Nota del editor: enviar aceite ya no es la práctica de La Iglesia. Se unge un pañuelo (Hechos 19:12) y se envía a aquellos que viven demasiado lejos para que los visite un ministro].

En el mes de agosto de 1924, comenzamos la construcción de una iglesia en las calles Devine y Hall. Se me encomendó ver que se comprara un lote y material de construcción. Tuve que dejar mi trabajo en Ford durante seis meses. Como había pocos hombres en la Iglesia, el trabajo no se podía hacer muy rápido. Realmente puedo decir que Dios hizo mucho para ayudarnos a construir la iglesia. Hubo momentos en que no sabíamos cómo hacer ciertos trabajos y el Señor nos lo revelaría. Por ejemplo, tuvimos dificultades para colocar las ventanas, y las bisagras que iban en estas ventanas eran de una fabricación extraña para nosotros.

Finalmente tuvimos que rendirnos desesperados. Me sentí desanimado y decidí ir a Dios en oración para que nos mostrara cómo poner estas cosas en las ventanas. Entré en otra habitación e imploré sinceramente la ayuda de Dios. Cuando terminé de orar, miré hacia arriba y vi un brazo blanco con una bisagra en la mano. Mostró varias veces cómo se deben colocar las bisagras. Luego desapareció. Regresé a los hermanos y les mostré cómo poner las bisagras en las ventanas y, como había demostrado el brazo, lo mismo hicimos nosotros y no tuvimos ninguna dificultad. Esta experiencia nos demostró que no importa qué tipo de problema tengamos, Dios siempre está ahí para ayudarnos ... si nos tomamos el tiempo para invocarlo.

Fue una bendición saber que Dios estuvo con nosotros en la construcción de nuestra iglesia.

En diciembre, este edificio se terminó y tuvimos nuestra primera reunión el 28 de diciembre de 1924. Comenzamos a ir a la iglesia ese día desde nuestras casas y todos caminamos en fila. Éramos unos 43. Entramos a la iglesia y formamos un gran círculo, con un ministro en cada esquina y uno en el púlpito. Cada ministro ofreció oración y fue un día maravilloso para todos nosotros. Esta iglesia se llamaba Devine Branch, porque está ubicada en las calles Devine y Hall.

La Rama Devine tenía un Círculo de Damas que se reunía una vez a la semana para estudiar la Biblia y se les dijo que si tenían una pregunta que no podían entender, debían llevarla a los ministros. Un día se nos planteó una pregunta. Las hermanas querían que les explicara con más detalle la época en que Pedro negó a Cristo. Cuando recibí la pregunta, una voz habló dentro de mí diciendo: "Era imposible para Pedro negar a Cristo". El espíritu siguió repitiendo esto durante tres días. Poco después, de camino a casa desde el trabajo, estaba sentado en el tranvía cuando de repente me encontré en la calle. Cómo llegué allí, no lo sé. No sé si salí por la puerta, por la ventana, por la parte superior o inferior del auto, así de rápido sucedió. Estaba parado allí preguntándome sobre eso cuando escuché una voz que decía: "¿Estás persuadido ahora? Pensaste que el tranvía te llevaría a casa pero ahora estás en medio de la calle sin saber cómo llegaste allí. Pedro estaba en la misma posición cuando negó a Cristo. Después de haberlo negado, se dio cuenta de lo que había hecho".

En 1927, cinco o seis hermanos y hermanas fueron a Flint para dar su testimonio. Hablaron con varias familias. Una de las hermanas tenía a su padre en Flint y le habló del Evangelio. La mayoría de estas personas aceptaron el Evangelio. Cuando regresaron, dijeron que debía ir allí y predicar porque estaban

convertidos. El espíritu de Dios me reveló que esta gente de Flint no había aceptado realmente el Evangelio. No tenía deseo de ir allí. Pregunté sobre la obra del Evangelio en Flint. Soñé que íbamos a construir una nueva carretera. Trajimos mucho equipo para comenzar a hacer esta carretera y cuando trajimos este equipo allí, el superintendente nos llamó y dijo: "Este trabajo no se iniciará todavía; se iniciará cuando yo los llame". Sin embargo, fui a Flint y fui a ver al padre de esta hermana. Parecía como si supiera mucho. Entonces le pregunté si entendía el testimonio de su hija. Dijo que lo había aceptado solo para complacerla. No podía molestarse con nada de eso. Estaba demasiado ocupado con el negocio de su tienda. Su esposa afirmó que San José era su santo patrón y que no podía dejarlo por ningún Evangelio. Todos tenían alguna excusa. Esa noche me quedé en la casa del padre de esta hermana y cuando me retiré. Tuve una experiencia. Estaba tratando de conectar dos cables y cada vez que intentaba conectarlos, se quemaban. Esto se mantuvo toda la noche y vi que no podía conectar estos cables. Al día siguiente fui con otra familia y ellos tampoco estaban interesados. Luego fui a otra casa y sucedió lo mismo. No hubo interés.

Mientras tanto, había orado para que Dios no me dejara irme de Flint sin que ellos no tuvieran alguna experiencia. Cuando terminé de hablar con una mujer, le di una Biblia. En el momento en que le entregué esa Biblia, ella tuvo que confesar algo y luego me dijo que esa misma mañana cuando abrió los ojos, había visto a un sacerdote venir hacia ella con la misma Biblia. Se lo había dado a ella y le había dicho: "Comprende; comprende; comprende lo que estás leyendo". Sentí una maravillosa bendición con esta experiencia porque sabía que el Señor había respondido a mi oración.

Una vez, cuando no pude asistir a la conferencia en Ohio en 1927, tuve una experiencia maravillosa. Deseaba mucho estar allí, pero debido a las circunstancias, no pude asistir. Mientras comenzaba el servicio del domingo por la mañana, oré porque deseaba ir a esta conferencia. De repente, vi al Señor ante mí en una visión que decía: "Sé el deseo de tu corazón de estar en esta conferencia, pero estas conferencias van y vienen. Mirad que no te pierdas la conferencia general en la mañana de la primera resurrección. Yo quiero que todos mis hijos estén allí".

Ahora que se había establecido una iglesia en el lado este, deseaba mucho que la iglesia de Jesucristo se estableciera en el lado oeste de Detroit. Oré por este asunto continuamente.

Un día, un vendedor de productos secos que vivía en el lado oeste de Detroit vino a visitarme y me pidió que fuera a su casa a predicar el Evangelio. Había estado asistiendo a reuniones en Devine. Unos días después partí de mi casa con el hermano John Romano. Era una mañana de febrero de 1927 y hacía mucho frío. No conocíamos esa parte de la ciudad y tuvimos muchos problemas para encontrar su hogar. Oré al Señor y dije: "Señor, no regresaré a casa hasta que encuentre la casa de este hombre". Encontramos su casa alrededor de las 6:00 P. M. Hablé sobre el Evangelio, pero esta familia no parecía muy ansiosa por escuchar las buenas nuevas, pero nos hablaron de una familia en la calle de al lado que podría estar interesada en nuestra charla. El espíritu de Dios dentro de mí dijo: "Esa es la familia que quieres ver". Le pedí al hombre que nos llevara a esa casa, pero no quería ir a esa hora en particular. Le dije: "Si no nos lleva a la casa de este hombre esta noche, mañana tendrás que ir a buscarme para que pueda hablar con él". Al día siguiente estaba solo en casa cuando me llamaron para visitar a la familia de este otro hombre. Este hombre y su esposa eran pentecostales. Compartí mi testimonio y poco después, él, su esposa e hija se bautizaron (se llamaban Cerame).

Tres meses después de su bautismo, decidieron regresar a Colorado, donde tenían un hogar. Habían pertenecido a la iglesia pentecostal de allí, pero ahora estaban ansiosos por regresar para poder dar su testimonio a sus amigos. Antes de salir de Detroit, le escribieron a su ministro en Colorado y le contaron sobre la iglesia. Cuando su ministro escuchó todas estas cosas maravillosas, estaba ansioso por pertenecer a la misma iglesia. Quería ser bautizado. Esta familia se mudó a Colorado en el otoño de 1927; mantuvieron correspondencia conmigo regularmente; también escribieron que su amigo ministro deseaba ser bautizado. Les escribí y les pedí que este hombre se comunicara conmigo.

En el otoño de 1927, el hermano Cerame y su esposa Anna se bautizaron en la Iglesia East Side de Detroit. Este hermano y hermana tenían algunos amigos en un pueblo llamado Ecourse. Una noche, este hermano y mi hermana querían llevarme allí. Este lugar estaba a unas diez o doce millas de distancia. Siguiendo por Shaefer Road y pasando Fort Road, llegamos a South Electric Road. Fue aquí que escuché una voz del cielo que decía: "Deseas un lugar en el que predicar el Evangelio. ¿Ves cuán grande es este campo?" En realidad, deseaba que el Evangelio fuera predicado en el lado oeste y, a través de esta experiencia, me di cuenta de que había mucho trabajo por hacer allí. Parecía que esto era una respuesta a mis oraciones. Cuando escuché esta voz, recibí una gran bendición.

Fuimos a Ecourse y visitamos a esta familia. Realizamos una reunión afuera. Era una noche cálida y un buen grupo de personas se había reunido allí. Sentí una gran libertad al predicar esa noche. En noviembre de 1927, cuando oré para que Dios manifestara Su Voluntad sobre la obra espiritual en Colorado, tuve una experiencia. Vi el lugar en Colorado donde predicaría. También vi a muchas personas que decían: "Nuestro predicador ha venido; nuestro predicador ha venido". Les pregunté qué querían decir y me dijeron que habían estado esperando que les predicara un sermón. También estaban esperando dos de sus ministros. Luego vi a dos hombres sentados en el púlpito. Cuando escuché esto, me puse nervioso y le pedí a Dios que iluminara mi mente. No tenía educación y me sentía incapaz de predicar un sermón. En este punto escuché una voz que decía: "Estas son las palabras que predicarás: 'Vi volar por en medio del cielo a otro ángel, que tenía el evangelio eterno para predicarlo a los moradores de la tierra, a toda nacion, tribu, lengua y pueblo, etc.'" (Apocalipsis 14: 6-7)

Evidentemente, había trabajo por hacer en Colorado; Le pedí a Dios que diera a conocer Su Voluntad. En la conferencia de enero de 1928, cuando se planteó la cuestión de quién iría a Colorado para realizar este trabajo, la suerte cayó sobre mí.

En enero de 1928, nuevamente oré para que el Señor diera a conocer Su voluntad en la obra de Colorado y tuve otra experiencia. Soñé que estaba lejos. Mientras caminaba, llegué a un lugar donde había un semáforo en rojo. Un policía se paró aquí y me detuvo; dijo: "No puedes pasar; mira la luz". Le pedí que me dejara pasar porque tenía que ir a un lugar importante y no podía detenerme, pero me dijo: "Si tienes una llave que puede abrir este interruptor para encender la luz verde, entonces puedes pasar. Puse mi mano en mi bolsillo y encontré un manojito de llaves. Una llave era más grande que las demás. Le mostré las llaves al policía y él tomó la llave grande y la puso en el interruptor. Inmediatamente, la luz se puso verde y dijo: "Esta llave ha sido hecha especialmente para este interruptor, y devolviéndola, dijo:" Estás libre: vete ". Entonces me desperté.

Durante la última semana de enero, estaba caminando por una calle de Detroit cuando escuché una voz que me decía: "¿No vas a hacer este trabajo espiritual en Colorado? Si no vas, serás castigado severamente". Cuando esta voz me habló, todo mi cuerpo tembló. Tenía ganas de arrodillarme en medio de la calle, pero me contuve. Le pedí perdón a Dios por no ir a Colorado antes y me fui a casa orando para que Dios revelara esto a los otros hermanos. El día siguiente era viernes. Esa noche estábamos en la iglesia. Me levanté y les dije a todos en la

reunión: "Hermanos, estoy listo para ir a Colorado a hacer trabajo misionero. Dios me ordena que vaya o seré castigado. Los dejen con otros oficiales que se ocuparán de ustedes e iré a donde Dios me diga que vaya". Después de haber dicho estas palabras, todos se emocionaron. Los miembros no querían que fuera; entonces el Hermano Mathew Miller se levantó y dijo: "¿Por qué impiden que el hermano siga su camino? Están deteniendo la obra de Dios. Anoche vi al Hermano D' Amico en un sueño. Estaba vestido de blanco y dijo las mismas palabras que dijo esta noche". Entonces la congregación se calmó porque se había sentido la confirmación del espíritu de Dios y todos sabían que era mi destino ir.

El 28 de enero de 1928 partí para Colorado y el 31 de enero llegué a Sopris, Colorado. Los hermanos y el hermano Paul Costa, que era un ministro pentecostal, me conocieron. Todo ese día hablamos del Evangelio y yo me quedé en casa del Hermano y de la Hermana Cerame. Esa noche salí y oré debajo de una gran piedra porque no podía dormir. Oré toda la noche, diciendo: "Señor, me has enviado tan lejos y por mí mismo no puedo hacer nada. Ahora espero tu poder. Deja que tu estandarte se establezca aquí".

Mientras oraba, el hermano Cerame salió de la casa y vio una bandera blanca sobre la roca debajo de la cual estaba orando. Pensó que estaba viendo cosas y se frotó los ojos, pero siguió viéndolo. A la noche siguiente, cuando el hermano llegó a casa del trabajo, me llamó y me dijo: "Hermano D' Amico, tuve una experiencia esta mañana alrededor de las 3.00 am, una experiencia muy inusual. Me contó sobre la pancarta blanca que había visto. Cuando escuché esta experiencia, me sentí muy animado porque sabía que Dios había puesto Su Bandera en ese lugar incluso mientras yo oraba.

La noche siguiente, tuvimos nuestra primera reunión en Colorado. Paul Costa, el ministro, me llevó a la reunión y mientras estaba sentado en el púlpito, dijo a la gente: "A partir de este día, no será mi lugar predicarles. Este hombre es un hombre de Dios. y él nos predicará ". Después de decir esto, se sentó y me dijo que ocupara su lugar.

En el mes de febrero, Paul Costa y su hija se bautizaron en el río Purgatory y las bendiciones de ese día fueron verdaderamente grandiosas. El hermano Paul Costa fue el primero en bautizarse en Colorado.

Un día de febrero, otra hija del hermano Cerame, que era viuda, me confrontó con la pregunta de dónde había recibido mi autoridad para predicar el

Evangelio y realizar el trabajo espiritual. Ella me preguntó de manera burlona. Le dije que si ella era fiel a Dios y oraba, Dios le revelaría muchas cosas. Ella dijo que lo haría. Ayuné y oré para que el Señor le revelara la autoridad que posee esta iglesia. Al día siguiente, esta mujer se me acercó llorando, diciendo que quería ser bautizada en la iglesia. Le dije que no tenía la autoridad para bautizarla y ella dijo: "La autoridad que tienes es de Dios y no del hombre". Insistí en que no tenía autoridad para hacer esto, a fin de ver si ella había recibido algo. Luego relató la experiencia que había recibido cuando le preguntó a Dios acerca de la autoridad que poseía la iglesia. Tuvo una visión en la que caminaba hacia la ciudad de la Nueva Jerusalén. Para llegar a esta ciudad, tuvo que cruzar un puente. Mientras estaba a punto de dar su primer paso en el puente, un hombre vestido de blanco la detuvo y le preguntó adónde iba. Ella le dijo que iba a la ciudad de la Nueva Jerusalén. Luego le dijo: "No puedes pasar aquí", y le dijo que regresara. Ella insistió en ir allí y él dijo: "Mira debajo del puente". Allí vio un río y miles y miles de personas que se estaban bautizando. El hombre le preguntó: "¿Conoce a ese hombre en el río?" Ella respondió: "Sí, conozco a ese hombre". Luego le preguntaron: "¿Qué está haciendo ese hombre?" Ella respondió que estaba bautizando a toda la gente. El hombre entonces dijo: "Tu también debe ir a ese hombre y ser bautizada. Después de ser bautizada, puede cruzar este puente e ir a la ciudad de la Nueva Jerusalén". Ella estaba muy conmovida por esta experiencia. Ella nuevamente oró a Dios diciendo: "Oh Señor, yo estaba en la iglesia católica, que no estaba bien y en la iglesia de Pentecostés, que no estaba bien. Ahora, por favor, muéstrame la iglesia genuina". Luego miró hacia los cielos y vio una gran inscripción dorada que decía: "LA IGLESIA DE JESUCRISTO". Ella continuó orando: "Oh Señor, mi esposo era un ministro pentecostal; ahora enséñame la forma en que mi esposo predicaba ". Entonces vio dos calles, una a la izquierda y la otra a la derecha. Había un hombre que le dijo: " Elige adónde quieres ir. La calle de la izquierda es el camino que tomó su esposo y conduce al día del juicio; pero el de la derecha te lleva a la resurrección de los justos ".

Después de estas variadas experiencias, se arrepintió de todos sus pecados y vino a mí pidiendo el bautismo. El mismo día que fue bautizada desapareció una enfermedad que tenía desde hacía seis meses. Ella estaba completamente sanada.

El 9 de marzo de 1928, tuve una visión en la que me encontré en una colina. Allí vi varias mulas que estaban rodeadas por una cerca. Estaban pateando. Cuando las vi, me impresionaron peculiarmente. Entonces escuché una voz que decía: "Velad". Durante todo el día esta palabra siguió pasando por mi mente. Esa noche durante la reunión, estábamos preparados para leer las Escrituras, cuando de

repente vimos un camión lleno de gente pentecostal, un ministro con toda su congregación. Todos entraron a la iglesia y entonces éramos una gran masa de personas. No podía hablar nada de inglés, así que me confundí. En lugar de leer las Escrituras, prediqué Apocalipsis 14: 6-7, de acuerdo con la guía del espíritu de Dios. Después de haber hablado, me senté y este ministro pentecostal se levantó y dijo que era salvo. Toda su congregación comenzó a gritar. Otros se levantaron y dieron su testimonio. El hermano Paul Costa luego dio su testimonio y todos los testimonios que dio nuestra iglesia fueron sazonados con el espíritu de Dios. El pueblo pentecostal era muy rebelde. El hermano Paul Costa pensó que les diría que se fueran, pero me sentí humilde. Mi mente estaba en el Señor. Me sentí guiado a darles a estas personas la oportunidad de testificar. Cuando todos hablaron, sentí un poder sobre mí y dije dos palabras. Estas dos palabras fueron como un trueno. Toda la congregación se estremeció y me senté. Entonces el ministro pentecostal se levantó de su asiento y pidió perdón para sí mismo y para su pueblo por sus actos y dichos contra la iglesia. Mucha de su gente se levantó y también pidió perdón. Me levanté y dije: "Si hubieras tenido el Espíritu Santo, habrías entendido la virtud de esta iglesia. Ahora, si realmente quieres recibir el Espíritu Santo, ven a este lugar y aprenderás la verdadera doctrina que te guiará a la salvación ". Al final de la reunión todos se dieron la mano y se fueron en buen estado.

Después de bautizar a algunas personas en Colorado, el Señor reveló que el hermano Paul Costa debería ser ordenado ministro. Le escribí a la Iglesia General en la conferencia de abril sobre esto y aceptaron mi recomendación. Recibí órdenes de ordenarlo. El hermano Paul Costa se haría cargo de esa misión.

Mientras estuve en Colorado, había muy poco trabajo que encontrar, excepto el trabajo en las minas de carbón. Tenía miedo de hacer este tipo de trabajo porque nunca lo había hecho antes, pero el hermano Paul Costa me animó diciendo: "Dios está en todas partes para cuidar a sus fieles". Era difícil conseguir trabajo, pero como era ministro, la empresa me dio un trabajo y el hermano Paul Costa me ofreció su ayuda para enseñarme cómo hacer el trabajo. Trabajamos juntos; me enseñó a cavar carbón y yo le enseñé la fe de la iglesia; y cuando teníamos deseos de orar, dejábamos de trabajar y nos arrodillábamos ante Dios en la mina de carbón. Un día, el espíritu de Dios nos advirtió que nos moviéramos a otro cuarto de la mina. Unos minutos más tarde, ambos cuartos en los que habíamos estado trabajando se derrumbaron. Ciertamente agradecemos a Dios por habernos salvado la vida. Por tanto, se cumplieron las palabras del hermano Paul Costa cuando dijo que Dios estaba en todas partes.

Mientras estaba en Colorado, fui a un lugar llamado Pueblo donde me habían pedido que visitara a una familia que quería conocerme. Me quedé en esa casa durante tres días y el Señor me bendijo. Allí había dos enfermos que pidieron ser ungidos. Oré y ambos fueron sanados. Luego regresé a Sopris, Colorado.

Después de que el hermano Paul Costa fuera ordenado ministro, recibí la revelación de regresar a Detroit. Cuando anuncié esto a la misión en Colorado, todos se sintieron mal porque querían que me quedara, pero les dije: "Consolaos, porque esta es la Voluntad de Dios, porque como Él me envió aquí, así debo regresar para hacer otro trabajo en Detroit. Orad a Dios para que les dé a conocer Su Voluntad sobre mí ". Hicieron precisamente eso y el Señor reveló que así como él me había enviado como Su siervo para ellos, así debo regresar al este. La misión quedó satisfecha y agradecieron a Dios por mostrarles que era Su Voluntad que yo regresara.

De camino a casa, tenía el deseo de pasar unos días en Chicago para presentar el Evangelio. Esto fue según una experiencia que había recibido en Colorado: Soñé que estaba en las afueras de una gran ciudad y allí vi un gran jardín. Había un muro alrededor de este jardín como en la antigüedad. A un lado del jardín había una gran roca. Vi agua saliendo de esta roca. Me colocaron aquí como guardián para poder dar esta agua a quienes la buscaran. De repente vi venir gente de todas las naciones; estaban vestidos con sus ropas nativas. Todos venían por agua. Vi a una mujer con un niño en brazos. Ella estaba pidiendo agua porque tenía sed. Tomé al niño y le dije a la mujer: "¿No tienes agua en tu país?" Dijo que las líneas de agua estaban rotas y que las aguas se habían contaminado. Ella me rogó por agua. Le dije: "Bebe todo lo que quieras; hay suficiente agua para todos los que la quieran". Continuó llegando gente de todas las naciones. Después de tener esta experiencia, pensé que tal vez se refería a la ciudad de Chicago. Había conocido a un hombre en Chicago que pertenecía a una iglesia protestante. Me estaba esperando allí. Compré un boleto para Chicago y mientras estaba en el tren, oré a Dios si había o no trabajo para mí en Chicago. Oré con todo mi corazón. Mientras oraba, tuve una visión. En el tren había un hombre muy alto. Estaba vestido con ropa antigua. Vino hacia mí diciendo en inglés: "Hay mucho trabajo por hacer en esta ciudad, pero no ahora". Sus palabras traspasaron mi corazón y sentí ganas de llorar. Desapareció, pero la bendición que dejó permaneció conmigo hasta que llegué a la estación. Estuve dos días en Chicago en casa de este amigo. Me dijo que dudaba del Libro de Mormón y que tan pronto como tuviera un entendimiento más claro sobre este asunto, me llamaría desde Detroit. De Chicago regresé a Detroit el día 16 de mayo. El 17 de mayo comencé a buscar trabajo y

mientras estaba así comprometido, una voz me dijo: "No vayas a buscar trabajo. Ve a Ford Rouge el lunes por la mañana y tendrás un trabajo listo". Agradecí a Dios y obedecí. El lunes por la mañana había tanta gente delante de mí que esperé en la fila medio día. Los que eran expertos en algún oficio eran los contratados. Los demás estaban siendo rechazados. Pensé: "Señor, solo soy un trabajador común". Entonces una voz dijo: "Yo soy el que te ha preparado este trabajo". Cuando llegué a la puerta de la oficina, un hombre me tomó del brazo y me llevó a la oficina. Me examinaron y me pusieron a trabajar. Agradecí a Dios por su bondad.

Trabajar en Ford me dio la oportunidad de comenzar un trabajo espiritual también en el lado oeste de Detroit. Oré continuamente por esto hasta que finalmente se plantó la iglesia en el lado oeste. El primer miembro que se bautizó fue una mujer llamada Anna Carlini. Al principio, las reuniones se llevaban a cabo cerca de la fábrica de Ford en la casa de un amigo, pero luego las realizamos en la casa de la hermana Carlini. Poco después, otros se bautizaron y la iglesia se estableció en el lado oeste. Estuve a cargo de la misión del lado oeste durante tres años.

Cuando regresé de mi viaje a Colorado en 1928, comencé mi trabajo misionero en el lado oeste de Detroit. Siempre recordaré la bendición que recibí en S. Electric y Shaefer Road. Algunos hermanos buscaban un lote para edificar la iglesia. Les conté mi experiencia y la gran bendición que había recibido en ese lugar. Compraron el lote en este lugar y allí se construyó la iglesia.

El trabajo en McDougall Branch comenzó cuando fui a la casa del hermano y la hermana Madonia, quienes rápidamente aceptaron el Evangelio. Justo antes de dar mi testimonio al hermano y la hermana Madonia, tuve una experiencia. (Tenía la esperanza de que el Evangelio se estableciera en el centro de Detroit). Soñé que había ido a hablar sobre el Evangelio en una casa en las cercanías de McDougall Street. Mientras hablaba, pude ver que la gente de esta casa no quería aceptar el Evangelio. Entonces la esposa aceptó el Evangelio y me pidió que me quedara a cenar. Acepté su invitación. El esposo de esta mujer estaba molesto y dijo que llamaría a alguien para destruirme. No me preocupé por sus amenazas porque estaba feliz de que su esposa hubiera aceptado el Evangelio. Ella preparó la cena y parecía que yo estaba comiendo afuera solo. Mientras comía, el hombre de la casa trajo un grupo de maleantes. Les dijo: "Ahí está el hombre al que mataremos. Esperaremos hasta que termine de comer y luego lo mataremos y pararemos todas estas tonterías". Cuando escuché estas palabras, sentí que sería un gran honor ser

asesinado por el Evangelio de Cristo. Estaba a punto de comer mi último bocado cuando estos hombres se abalanzaron sobre mí, pero de repente apareció un policía muy alto. Su placa brillaba tan intensamente como el sol del mediodía. Dijo: "¿Quién busca problemas?" La mujer le dijo que era su marido. Luego, el policía tomo al grupo de hombres y los abrazo fuertemente hasta que ya no estaban allí. Después de esto, desapareció y la mujer y yo nos quedamos glorificando al Señor. Este fue el final de mi experiencia.

Después de esta experiencia, el hermano y la hermana Madonia recibieron el Evangelio y se bautizaron el 4 de marzo de 1928. Se formó una misión en McDougall. Con el tiempo creció y se estableció como Rama. En esta obra, el Señor me había mostrado que, independientemente de los problemas que encontráramos, la iglesia todavía estaría establecida en ese vecindario. (En mayo de 1938, la misión McDougall se convirtió en una Rama).

Después de realizar tres años de trabajo misionero en West Side Branch, la obra del Señor comenzó en Rochester, Nueva York, cuando el hermano Frank Rosati fue allí y dio su testimonio a sus parientes. Cuando hizo esto, me llamó. Antes de que llegara su carta, tuve una experiencia que demostró que era mi lugar para ir. Vi a una mujer vestida de blanco con el manto del Sacramento en la mano. Me lo entregó y me dijo: "Esta obra misionera te pertenece: ocúpate de ella". Entonces vi al hermano Frank Rosati como si tuviera un mensaje que transmitirme.

Al día siguiente de esta experiencia, recibí la carta del hermano Frank Rosati pidiéndome que fuera a Rochester. Él había dado su testimonio y ahora esperaba que yo predicara el Evangelio a sus parientes. Me sentí impulsado a ir a Rochester y el 5 de noviembre de 1931 me fui de Detroit a Rochester.

Dos días después de haber predicado el Evangelio en Rochester, miré a mi alrededor para encontrar un lugar donde pudiera bautizar a los conversos. La ciudad era nueva para mí. Cuando llegué a las calles llamadas South Avenue y Court, escuché una voz que decía: "Mira, mira, ¿no es este el lugar al que te traje hace cinco años? ¿No es este el río? ¿No es esta la calle? ¿No es este el ferrocarril?" Mientras miraba a mi alrededor, vi el mismo escenario que había visto en una experiencia que había recibido en Detroit cinco años antes. Agradecí al Señor por lo que había hecho por mí. Cuando regresé a casa, también le di las gracias por la obra que me había encomendado que hiciera en esta ciudad.

La primera casa a la que fui fue la casa del hermano Sam Castronova. Cuando fui a varios lugares a predicar el Evangelio, se bautizaron cuatro personas. A medida que la iglesia comenzó a crecer, informé del progreso de este trabajo en la conferencia; Luego regresé a Rochester.

Me quedé en Rochester durante dos años y tres meses; Luego envié a buscar a mi familia. Justo antes de enviar a buscar a mi familia, llegaron las adversidades. Me desanimé y estaba a punto de dejar el trabajo que se había iniciado. Me animaron a quedarme cuando recibí una experiencia que me mostró que el hermano que se quedaría no podría hacerse cargo. Me invadió el miedo después de esta experiencia y me quedé en Rochester. No quería desobedecer al Señor.

Cuando llegué a Rochester por primera vez, oré para que Dios me animara a hacer Su trabajo misionero. Cuando me fui a la cama esa noche, un gran poder se apoderó de mí y encontré la cama moviéndose por toda la habitación. Mi mente fue al Señor y me encontré caminando por una calle. Esta calle llegaba a un lugar que se parecía al cerro Cumorah. Había un camino que conducía a esta colina. Me preguntaba si debería seguir caminando por la carretera o tomar este camino que sube por la colina. El espíritu de Dios me guio para ir por el camino. Cuando había caminado una corta distancia, conocí a un niño de unos diez años. Me saludó y dijo: "Sube a esta colina porque hay un tesoro allí; toma este tesoro; se encuentra en el lado opuesto de la colina ". Le respondí que iría y, mientras él se alejaba, me pregunté si este niño era José Smith o Mormón. Seguí subiendo la colina y cuando llegué a la cima de la montaña, vi que estaba hecha de rocas ásperas. Para ir al otro lado de la montaña, tuve que atravesar estas rocas. Se separaron rápidamente y vi una abertura. Cuando pasé, me encontré con un camino que no se había utilizado durante años. Había caminado unos pasos cuando vi a una persona alta en una nube. Me dijo que si quería encontrar el tesoro, tendría que caminar de regreso. Así lo hice. Me mostró dónde estaba el tesoro. Estaba en la cima de la colina cerca de las rocas. Vi un agujero de unos tres pies de ancho y cuatro pies de largo. El interior estaba todo enlucido con cemento. La cubierta tenía aproximadamente dos pies cuadrados y cuatro pulgadas de espesor y estaba hecha de cemento. Puse mi mano en esta abertura para sacar el tesoro y saqué un poco de paja que parecía tener cientos de años. La segunda vez que metí la mano, encontré una tela oscura que era muy vieja pero aún en buenas condiciones. La próxima vez que metí la mano, encontré un montón de hojas doradas de unos veinticinco centímetros de alto, quince de ancho y veinte de largo. Estas hojas doradas fueron selladas. La siguiente pila que saqué era más pequeña y también estaba sellada. Traté de sacar más, pero un poder me detuvo. Estaba ansioso por ver qué contenían estas hojas,

pero una voz me dijo que estaban selladas y que eran los secretos de Dios. Cuando escuché eso, me alegré tanto que dejé todo y corrí a la ciudad gritando que había encontrado un tesoro de oro. Me preguntaron dónde lo encontré y lo único que pude decir fue 31 a 35. Todos estaban felices de escuchar esta noticia. Entonces terminó mi experiencia.

En 1933, salí para la conferencia de julio y después de la conferencia, decidí ir a Detroit para visitar a mi familia. Uno de los hermanos de Detroit había dejado un lugar en su automóvil para llevarme a Detroit desde Pensilvania. Le había dicho que me iba en tren, ya que el espíritu de Dios me había guiado a hacerlo. Me suplicó que fuera con él. Finalmente fui con él. Conducía su coche muy rápido y le pedí que redujera la velocidad. Cuando llegamos cerca de Salem, Ohio, uno de los hermanos dijo que llegaríamos a Detroit a las 11: 00 p.m. Tan pronto como dijo eso, le dije: "Hermano, no digas eso, porque solo Dios sabe cuándo llegaremos". Estas palabras apenas salieron de mi boca cuando uno de los neumáticos se desinfló y él conducía tan rápido que perdió el control del auto. Dio varias vueltas y luego cayó en una zanja. Me encontré en el camino. Cuando los hermanos vieron que yo no estaba en el auto, gritaron: "¡Hermano Ishmael!" Respondí. Cuando vieron que estaba en la carretera, se sintieron aliviados. Entonces me levanté, abrí la puerta del auto y los saqué uno a uno. El coche quedó destrozado. Cuando todos salieron, descubrimos que tres de nosotros habíamos resultado heridos y dos no. Uno de los hermanos que no resultó herido pidió oración; estaba tan asustado. Le dije: "Hermano, nuestras oraciones han sido contestadas porque hemos sido salvados de un terrible accidente". El hermano insistió en que su alma estaba lista para dejar su cuerpo, pero yo le dije que su alma estaba lejos de dejar su cuerpo mortal. Afortunadamente, pasó un automóvil y nos llevó a la ciudad donde fueron atendidos por un médico. Este mismo hombre nos llevó a todos a Youngstown, Ohio, donde los hermanos pasaron la noche. Tomé un tren a casa y no dije nada sobre el accidente hasta que regresaron los otros hermanos.

En 1933 tuve la revelación de que tendría que ir a Syracuse, N. Y. No tenía dinero para ir porque no estaba trabajando. Le oré a Dios para ver si realmente era Su Voluntad que yo fuera allí. Mientras oraba, un hermano en Detroit escuchó una voz que decía: "Ahora es el momento de que ayudes al hermano Ishmael porque lo necesita". Luego puso \$ 10.00 en un sobre y lo envió por correo con una nota diciendo que me estaba enviando dinero y que el Señor lo había guiado a hacerlo. Me arrodillé y agradecí a Dios por su provisión. Me fui a Syracuse. En mi primera noche allí, oré a Dios para que me revelara Su Voluntad en esa ciudad. Tuve una experiencia en la que vi una amplia tubería. Dentro de esta tubería había muchos

cables que llegaban a Syracuse. Tomé uno de los cables y lo llevé a la ciudad en una casa. (Parecía como si fuera un electricista). La luz funcionaba en esta casa. Entonces terminó mi experiencia.

Realicé un bautismo en este lugar; en otra casa me rechazaron por completo. Me quedé en Syracuse durante diez días. Luego fui a Utica, N. Y. durante tres días para predicar el Evangelio. La gente a la que prediqué allí tuvo muchas experiencias maravillosas. Una mujer tuvo una experiencia en la que vio a un hombre que parecía ser Moisés. Le dijo que vivíamos en los últimos días. Él le dio un libro y le mostró las profecías que se cumplirían en los últimos días con respecto a la destrucción. Entonces él le dijo: "Lee, porque esta es la destrucción que sobrevendrá sobre la tierra. Si no te arrepientes, cuando el mundo sea juzgado, tú también serás juzgada".

Cuando esta mujer me dio la bienvenida a su casa, oré para que Dios les revelara algo. Sin embargo, nadie se bautizó allí y volví a Rochester una vez más.

En la primavera de 1936, nos reunimos todos para ver qué se podía hacer para conseguir un lugar más grande. Los tiempos eran duros y éramos pobres. Sin embargo, todos se sacrificaron y recolectamos alrededor de \$ 200.00. Queríamos comprar unas 200 sillas usadas. No pudimos encontrar ninguna silla en la ciudad ni en los suburbios vecinos. Luego fui en oración a Dios y le dije: "Tú sabes que todos somos pobres y que hemos reunido este dinero para comprar estas sillas; provee para nuestras necesidades". Mientras oraba, tuve una visión en la que recibí cinco cartas de Detroit. La dirección del remitente en una de estas cartas decía: "Oh Ishmael, Hombre de Dios". No pude entender lo que esto significaba y le pregunté a Dios por su significado. Escuché una voz que decía: "Tu oración ha sido puesta en la lista con todas las demás oraciones que los profetas de la antigüedad han ofrecido, porque oraron de la misma manera. En una o dos semanas, recibirás una respuesta". Después de una semana, recibí una carta de Buffalo diciendo que 200 sillas que estábamos buscando estaban listas para nosotros. Cuando recibí esta carta, fui a ver estas sillas y parecían nuevas. Eran justo lo que queríamos.

Realizamos nuestras reuniones en N. Clinton Avenue durante seis años. Luego, el Señor proporcionó el edificio en el que nos reunimos actualmente, 416 Wilder Street. Aproximadamente en 1938, tenía un gran deseo de orar por los hijos de los santos. Oré con todo mi corazón. Oré para que estos niños obedecieran a sus padres y no los molestaran de ninguna manera para que no le sirvieran. Me metí en la cama y luego escuché una voz que me decía que ofreciera otra oración por mis

propios hijos. Respondí que había ofrecido una oración por los hijos de todos, pero nuevamente la voz me dijo que orara por los míos. Mi oración estaba dirigida a mi hijo Alfred y mientras oraba por él, sentí una llama que me atravesaba y una voz me dijo: "Tu oración ha sido respondida". Seguí orando y mi otro hijo, John, vino a mi mente. Esta misma noche soñé que el espíritu de Dios me respondía diciendo que mi oración había sido respondida y que llamaría a este hijo en una fecha posterior. Recibí una experiencia en un gran edificio en el que estábamos teniendo una reunión. Mientras predicaban la palabra de Dios, vi a mi hijo Alfred en Detroit levantarse diciendo que quería ser bautizado y cuando dijo estas palabras, me llené de las bendiciones de Dios. Todo ese domingo, que fue el día siguiente, esperé un telegrama o noticias tuyas. El lunes recibí una carta que decía que mi hijo Alfred se había bautizado.

A principios de 1941, soñé que veía a un hombre venir a mi casa y este hombre traía un instrumento que se tocaba durante media hora. Nunca antes había escuchado ese tipo de música. Cuando hubo terminado, dijo: "En 1941 habrá un gran cambio", y siguió su camino. Aquí terminó mi sueño. Pensé que podría significar un cambio en la iglesia. Más tarde, descubrí lo que significaba el cambio para mí. Había ido a visitar la iglesia en el este, en Nueva Jersey. El domingo por la noche, 17 de febrero, se celebró una reunión en la casa de la hermana Elsie Miller. (Durante el día, recuerdo claramente haber predicado sobre la paciencia de Job). Después de esta reunión, nos sirvieron pastel y café. No me apetecía, pero acepté. Comí un pedazo de pastel y bebí un poco de agua. A la mañana siguiente, me sentí mal. Los días siguientes me sentí peor. No me quedaban fuerzas y apenas podía mantenerme en pie. No pude hacer ninguna visita. Me quedé en la casa de un hermano durante dos semanas y una noche oré: "Oh Señor, no tengo más fuerzas para orar; revela mi difícil situación a otros para que puedan orar por mí". Regresé a casa en marzo. Seguía empeorando cada día y en dos meses había perdido cincuenta libras. Todos oraron y fui a ver a un médico, pero nada parecía ayudar. Me enfermé tanto que no podía comer, dormir o incluso ponerme la ropa. El más mínimo ruido me molestaba. Me examinaron en el hospital y aún así los médicos no pudieron encontrar nada malo en mí. Fui a otro hospital y fue lo mismo. Seguí empeorando y no pude dormir más. Mi cuerpo se sentía como si estuviera en llamas. Me desanimé tanto que estaba seguro de que no viviría mucho. Al mismo tiempo, también me molestaban los espíritus malignos. Una noche me sentí tan desanimado que oré para que Dios me quitara la vida porque no estaba haciendo ningún bien en mi condición. Todos en mi casa estaban sufriendo.

Una noche tuve una experiencia en la que me llevaron a la orilla del mar donde vi a un hombre salir de una nube. Caminaba sobre el mar. Vino hacia mí. Cuando estuvo cerca, le pregunté quién era y de dónde venía. Cuando le pregunté eso, desapareció. Me decepcionó pensar que no me respondería. De repente escuché una voz del cielo que decía: "El profeta Isaías". Esto se repitió tres veces. Cuando escuché esto, de repente pensé en Isaías, Capítulo 38, donde el profeta Isaías fue a ver a Ezequías y le dijo que pusiera su casa en orden porque estaba a punto de morir. Este rey clamó rogando a Dios que le perdonara la vida; había andado en los caminos de Dios y tratado de servirle. El Señor se reveló a Isaías y le dijo que le dijera al rey que su vida se alargaría quince años. Cuando esta escritura vino a mi mente, supe que Dios iba a prolongar mi vida como la de Ezequías. Sufriría, pero no moriría.

Sin embargo, no mejoré y luego comencé a quejarme con Dios porque sentí que Él había cerrado Sus puertas y que Satanás estaba allí. Me levanté de la cama y salí al patio trasero sintiéndome triste porque Dios me había olvidado. Entonces escuché una voz que decía: "Si no sacas lo mejor de tu enfermedad, la duplicare". Inmediatamente, sentí que algo se apoderaba de mí. Me sentí peor que nunca, pero tuve que apretar los dientes y soportarlo.

Hacia fines de junio, tuve otra experiencia en la que el Señor me mostró que otra hermana había sido sanada de la misma enfermedad que yo tenía. Después de la conferencia de julio, muchos hermanos ayunaron y oraron por mí y comencé a mejorar día a día y, aunque no estoy del todo bien, todavía tengo la fuerza suficiente para hacer la obra de Dios por la cual estoy feliz y agradecido.

El trabajo misionero en Palatine Bridge, N. Y. comenzó en julio de 1942. Antes de ir a este lugar para realizar la obra misionera, tuve un sueño de que se suponía que era un soldado y sentí que no podía serlo. Al día siguiente después de esta experiencia, mi hijo Paul me dijo que había tenido una experiencia en la que había visto a dos hombres de la ley tratar de tomarme como soldado y les dijo a estos hombres que por favor dejaran atrás a su padre y que él o su hermano irían en su lugar. Tres días después de esta experiencia, recibí una carta de algunas personas en Palatine Bridge que querían obedecer el Evangelio y me pidieron que fuera allí. Fui a Dios en oración y tuve una experiencia en la que estaba en un campo abierto donde había un mercado. Allí compré un galón de aceite de oliva y un poco de queso. Mientras compraba estas cosas, vi a una hermana y me dijo: "¿Cuándo vas a ese lugar de donde vino la carta para que te vayas a trabajar?"

El 17 de julio de 1942 fui a Palatine Bridge para predicar el Evangelio y dos fueron bautizados. Un año después, siete más se bautizaron en un mes.

Este breve relato muestra lo que sucedió en mi vida antes y después de obedecer el Evangelio. También muestra cómo el diablo trató de destruirme y que Dios ha estado conmigo todo el tiempo. Todavía tengo el buen deseo de continuar en este camino de justicia para hacer la voluntad de Dios. Mi corazón desea seguir adelante y predicar este Evangelio a todas las tribus, lenguas y naciones para que al final, cuando termine mi trabajo, ciertamente reciba mi recompensa en el Reino de los Cielos, UNA CORONA DE VIDA ETERNA.